



SERVICIO SECRETO

Balas perfumadas

keith luger



BALAS PERFUMADAS

SS Nº 936

Autor: Keith Luger

UUID: a6373441-dd6f-4e6e-badd-5c13daf8997c

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

ERA una pelirroja de las que hacen interrumpir el resuello.

—¿No se baña usted, Johnny? —me preguntó.

—Estoy resfriado —le dije.

—Es una lástima —dijo ella—. Me hubiese gustado verlo en bañador... al menos.

—Le mandaré una foto. No me cubre nada el cuerpo.

—¡Oh, es nudista!

—La foto me la hicieron mis papás al cumplir seis meses de mi llegada al mundo. No estoy tan alto como ahora, pero en ella ya se me notan las facciones.

—Johnny, es usted terrible. ¿Por qué se burla de mí?

Lo dijo haciendo un hociquito, entornando los ojos y poniéndome una mano en el hombro. Era cautivadora cuando hacía la ingenua. Pero no podrían comprar nada si ponía a la venta en el mercado su inocencia.

Le contesté que no me burlaba y ella me concedió un premio poniéndome su otra mano, en mi otro hombro.

Cualquiera que nos hubiese visto habría pensado que nos disponíamos a bailar la rumba que estaba interpretando una orquesta bajo una especie de concha, a la derecha de la piscina. Las notas de los instrumentos llegaban perfectamente a todas partes mediante los altavoces sabiamente dispuestos entre los arbustos.

Todo era maravilloso en aquella noche estival. El cielo cuajado de estrellas y la luna como un enorme globo anaranjado. A nuestro alrededor se oían risas, y de vez en cuando, el chasquido de un beso.

Daba la fiesta la dueña de aquella casa que no habría costado menos de doscientos mil dólares. Era una mujer desconocida seis meses antes, pero ahora, de repente, se había hecho famosa. Había bastado para ello que interpretase una sola película. Su título era «Jeanne», y para dar al público mayor oportunidad de conocer a la actriz, ella también había sido bautizada con aquel nombre. Se llamaba Jeanne Clark.

Yo era uno de los cien invitados, a pesar de que jamás había visto a Jeanne Clark, ni siquiera en la pantalla. Habría pasado la mayor parte de aquel año en Europa y tan sólo había regresado a Los Ángeles un par de semanas antes.

Aquella mañana, sobre las doce, estaba poniendo en orden el archivo de mi oficina de detective privado en el edificio Arrow, cuando sonó la campanilla del teléfono. Contesté a la llamada y una voz ronca me dijo entonces que estaba invitado a una fiesta en la casa de la señorita Jeanne Clark. Yo dije que debía haber un error, pues ignoraba la existencia de nadie con ese nombre, y entonces mi informante me dijo quién era la anfitriona y luego agregó que «la señorita Clark se sentiría muy decepcionada si yo no aceptaba su invitación».

Me sentí curioso por conocer el origen de aquello, y como no tenía nada importante que hacer aquella noche, tomé el camino de Beverly Hills.

Llevaba una hora allí y aún no había visto a Jeanne Clark. Como es costumbre entre esta clase de gente, cada cual había iniciado la fiesta por su cuenta. Unos bailaban, otros comían y casi todos bebían.

Una morena, que se había distinguido como compañera de Tarzán en un par de films, fue la primera que sugirió el baño en la piscina. La siguieron muchos invitados.

Todo marchaba de primera.

Había tropezado con la pelirroja cuando trataba de cazar un pollo asado. Me dijo en secreto que ella también sentía apetito y dimos cuenta del ave entre los dos. Su nombre era Verónica. Llevaba dos años en Hollywood y había trabajado en media docena de films haciendo pequeños papeles, pero de un momento a otro iba a ser lanzada.

Me dio mucha pena que Verónica estuviese triste porque no me

bañaba con ella.

Estaba maravillosa con su bañador imitando la piel de leopardo. Inclínó su cabeza para que le diese un beso.

Decidí pasar por el sacrificio, pero en eso oímos una voz ronca: —Verónica, ¿qué haces?

Un tipo calvo, gordo, de triple papada, nos fulminaba con la mirada.

—Oh, Philip —dijo Verónica—. Estaba pidiendo a Johnny que me quitase algo que se me ha metido en el ojo.

—Ya lo tengo —exclamé, poniendo mis dos dedos sobre los párpados de su ojo.

El gordo se sintió más satisfecho, y dejó escapar el aire que retenían sus pulmones.

—Ven conmigo, Verónica —dio media vuelta y se alejó.

La pelirroja aprovechó el momento para besarme con rapidez en la nariz.

—Te veré luego —dijo.

—Sí, nena.

—Me desembarazaré de ese estúpido. Es mi productor, ¿sabes?

—Ya, el que te va a lanzar.

—Está decidido a gastarse en mí un millón de dólares.

—¡Qué rico!

—Hasta luego, Johnny —se marchó con un suave contoneo tras del gordo.

Pero decidí que ella y yo no nos volviésemos a encontrar, al menos en aquel lugar. No me gustan las complicaciones. Verónica estaba bien con su gordo dispuesto a invertir un millón de dólares en exhibirla ante unos cuantos millones de espectadores.

Por otra parte, la fiesta me empezaba a cansar.

No había una sola persona que se comportase con naturalidad. Admito que el mundo del cinematógrafo tenga que desenvolverse dentro de las más estrictas normas de la hipocresía, pero eso no va conmigo, hermano.

Dejé mi vaso en una bandeja que portaba un criado y decidí largarme de allí.

—Perdón —dijo una voz—. ¿El señor Rider?

Era un muchachito de unos veintitrés o veinticuatro años, alto, desgarbado, patillas de a dos palmos y rizos sobre la frente.

—Sí —asentí—. Yo soy Rider.

—¿Quiere seguirme?

Sacudí la cabeza y me fui con él a la casa.

Subimos por una escalera central al piso superior.

«El Melenas» abrió una puerta y me invitó a pasar.

Entré en un amplio dormitorio donde no había nadie. Fui a volverme, pero la puerta ya se había cerrado a mis espaldas.

Oí una voz femenina:

—Puede servirse whisky. Lo hallará en la otra habitación.

Fui hacia la puerta, que estaba cerrada, y la abrí. Me encontré en una habitación a oscuras.

—Por favor, no encienda —dijo la voz lejana de la mujer—. Tendrá suficiente luz con la del dormitorio. El bar está en el rincón del fondo.

El fondo al que se refería estaba oscuro, pero no obstante pude llegar hasta él. Vi un pequeño bar con una barra en semicírculo y en la pared los anaqueles repletos de botellas. Preparé un whisky y agregué unos cubitos de hielo. En eso oí pasos y alcé los ojos. Una mujer había entrado en la estancia. Se cubría con un batín azulado y defendía sus ojos con grandes gafas oscuras.

—Hola —dijo—. Soy Jeanne Clark.

Era esbelta y parecía estar bien formada. Su cabello era rubio platino, o al menos me lo pareció porque ella se encontraba en un trozo donde llegaba un poco de luz del dormitorio.

—¿Whisky, señorita Clark?

—Bebí demasiado hoy.

—Creí que era su fiesta...

—No me hable de la fiesta. Toda esa gente odiosa ahí fuera. Un rebaño de inútiles, de envidiosos... Enciéndame un cigarrillo, ¿quiere?

Jeanne Clark estaba nerviosa, muy nerviosa.

Encendí dos cigarrillos mientras ella se acercaba al bar. Le alargué uno y dio una larga chupada. Al resplandor del pitillo observé su cara de mejillas ligeramente hundidas, boca un poco grande, de labios gruesos, muy rojos, la frente abombada. En cada

oreja exhibía una perla, y alrededor del cuello una cadena de oro de la que colgaba un pez que descansaba en el incipiente seno.

Bebí un trago de whisky porque no era a mí a quien correspondía hablar.

—Está muy intrigado, ¿verdad, señor Rider?

—Quizá.

—Espero que trabaje con la mayor discreción.

—Es mi costumbre, señorita Clark.

—Sí, ya lo sé, pero en este caso ha de extremar todo su cuidado. No puedo consentir que se filtre ninguna noticia, y ya sabe lo que quiero decir. Ha de informarme a mí personalmente, sólo a mí.

—Señorita Clark —dije—, no he dicho que vaya a trabajar para usted...

—Si se ocupa en alguna cosa, quiero que cancele su compromiso. Le pagaré el doble de lo que pensaba ganar con su actual cliente.

—No tengo actualmente ningún cliente, señorita Clark.

—Eso es estupendo. Así dedicará todas las horas del día a lo mío.

—Eso dependerá de la clase de asunto que se trate. Si me conviene, la aceptaré como cliente.

—Soy Jeanne Clark, señor Rider.

—No quisiera herir sus sentimientos, señorita Clark. Para mí, su nombre no significa nada. En un par de ocasiones he trabajado para gente de Hollywood, personas que ocupan un lugar prominente en la colonia cinematográfica, y le aseguro que puse tanto empeño en mi trabajo como cuando fui contratado por un conductor de taxi o por una mujer de la limpieza.

Sus labios se apretaron formando una línea recta. No le gustó aquella aclaración.

—Hay docenas de detectives a quienes he podido encargar mi caso.

—¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por qué me eligió a mí?

—Me recomendaron a usted.

—¿Quién?

—Señor Rider, estamos perdiendo el tiempo.

—¿Quién me recomendó a usted?

Jeanne Clark aplastó el cigarrillo sobre el cenicero. Lo hizo con mucha violencia y las chispas saltaron sobre la gruesa alfombra.

Me estaba mirando, pero yo no veía sus ojos, aunque podía adivinar que también ellos chisporroteaban

—Cliff Wells.

—De modo que es amiga de Cliff, ese viejo periodista.

—Sí.

—Cliff no está en Los Ángeles. Le hice una llamada apenas llegué a la ciudad hace unos días. Me dijeron que Cliff no tenía la menor idea de que yo fuese a volver a Europa.

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—No, pero soy un hombre muy escéptico, profesionalmente hablando, señorita Clark.

—Esta vez cometió un error de apreciación. Hablé con Cliff anoche. Por teléfono, naturalmente. Puede usted hacer la comprobación cuando quiera. Su amigo Cliff se hospeda en el hotel Mitsu, habitación 314, Tokio.

—¿Y cómo supo Cliff que yo estaba aquí?

—Y yo qué sé. Pregúnteselo a él.

—Quizá me anime a hacerlo.

—¿Qué le parece si dejamos eso ahora?

—Muy bien, señorita Clark. Dígame de qué se trata; pero le repito que no esté segura de que voy a aceptar su asunto. Si piensa que puede correr un riesgo conmigo, despidámonos y se acabó.

Se hizo un silencio que al fin interrumpió ella:

—Se lo contaré.

—Muy bien. Adelante.

—Soy una mujer casada, señor Rider. Es algo que ignora hasta mi propio productor. Contraí matrimonio hace tres años, cuando yo era sólo una «starlet». Mi marido es Lawrence Keller, un fotógrafo para el que posé unas cuantas veces... Law y yo simpatizamos desde el principio. Bueno, al cabo de cuatro meses de salir juntos, la cosa terminó en boda...

Jeanne se puso a pasear apretándose las manos sobre el estómago.

—Tuvimos un hijo poco antes de celebrar nuestro primer aniversario, un niño al que dimos el nombre de Donald. Vivíamos

en Pasadena. A Lawrence no le faltaba trabajo y yo abandoné mis sueños de convertirme en una estrella de la pantalla. Sólo quería ser una buena esposa y una buena madre... Lawrence fue contratado por una editorial de Los Ángeles como fotógrafo para acompañar a un colaborador que debía hacer un viaje de tres meses por los mares del Sur. Era una buena oportunidad para él y no quiso desaprovecharla. Yo misma lo alenté a ir... Un día, cuando ya hacía dos semanas que Lawrence se había marchado, me encontré en la ciudad con una antigua compañera, Betty Hoppe. Me dijo que había sido contratada ventajosamente por unos estudios y que podía ofrecirme una oportunidad. Se iba a rodar una película para la que necesitaban unas cuantas desconocidas que poseyesen cara bonita y buen tipo. Vi la posibilidad de ganar algún dinero extra... En fin, lo cierto es que, de la noche a la mañana, me encontré metida en los estudios. El productor de la película se fijó en mí. Era Ward Cross. Empezó a obsequiarme y un buen día me dijo que hacía más de tres años que estaba buscando a una muchacha que protagonizase una película basada en una novela cuyos derechos había adquirido. Su título era «Jeanne».

Vino otra vez hacia el bar.

—Creo que tomaré ahora el whisky.

Le serví una ración y la bebió de un solo trago.

—Cometí un error al no decir a Ward que estaba casada y que tenía un hijo, pero tuve miedo de que me rechazase. Pensé que al elegirme a mí no había tenido en cuenta mis cualidades de actriz. Es doloroso decirlo, pero imaginé que la causa de todo ello era que se había enamorado de mí. Firmé un contrato y así fue cómo empecé mi carrera. Cuando Lawrence llegó de su viaje se lo conté todo. Le hice ver el lado bueno de la moneda. Iba a ganar mucho dinero para él, para mí y para nuestro hijo. Cuando terminase de rodar la película, confesaría a Ward la verdad. Mientras tanto, nuestro matrimonio debía permanecer en secreto. Law se puso muy furioso. Sostuvimos una fuerte discusión, pero logré convencerlo. Tuvimos que separarnos. Law se fue a vivir a Santa Mónica y contrató una mujer para que cuidase al niño. A ella le dijo que era viudo. Al principio nos podíamos ver con alguna frecuencia, en lugares en que previamente nos habíamos citado, casi siempre en un motel, pero poco a poco debí dedicar más tiempo a mi trabajo.

Atrapó el paquete de cigarrillos y la caja de fósforos. Después de arrojar una bocanada de humo prosiguió:

—Cuando terminó el film no pude decírselo a Ward. Me faltaron las fuerzas. Ward había gastado mucho dinero en su película y una verdadera fortuna en la propaganda. Quiso que le firmase un contrato para otros cuatro films, y acepté sin titubear. No le dije a Lawrence que había firmado el nuevo compromiso. Lo engañaba diciendo que diría la verdad a Ward cuando hubiesen estrenado la película... Al fin llegó el día del estreno y fue un gran éxito. De la noche a la mañana me convertí en una estrella. Me dieron el premio a la actriz más prometedora del año... Durante algunos meses Lawrence aceptó el hecho consumado. Por fin, un día le dije lo de mi nuevo contrato. Fue la semana pasada, hoy hace nueve días. Se quedó en silencio y de pronto, sin dar ninguna respuesta, salió precipitadamente del bungalow en donde nos encontrábamos en San Bernardino. Pasaron cuatro días e hice una llamada a su casa de Santa Mónica. No me contestó nadie. Alarmada, fui allí. La casa estaba cerrada. Pregunté a un vecino y me dijo que Lawrence Keller ya no vivía allí, se había ido con su hijo. He estado esperando desde entonces inútilmente que me llamase o me escribiese una carta... Ya ha pasado demasiado tiempo. Sé lo que ha hecho. Se ha ido para siempre con mi hijo sin decirme dónde. Quiero a mi hijo, ¿lo oye? ¡Quiero a mi hijo! ¡Ha de devolvérmelo!

Rompió a sollozar.

—Lo siento —dijo—. Debo parecerle una estúpida.

—No.

—¿Encontrará a mi esposo y al niño?

—Supongamos por un momento que acepto su encargo. Suponga que los encuentro. ¿Qué he de hacer entonces? ¿Traerle a su esposo en una jaula? ¿O he de secuestrar a su hijo?

Ella no dijo nada.

—Es una misión completamente absurda la que pretende confiarme.

—Si usted logra dar con el paradero de mi esposo, sólo tiene que decirme dónde está. Yo hablaré con él. Lo convenceré.

—¿Respecto a qué lo va a convencer?

—No es cuenta suya.

—Deje que sea yo quien decida lo que es o no asunto mío.

—Primero trataré de hacerle comprender que todo será como antes.

—Me temo que él no querrá seguir siendo el esposo ignorado de una famosa actriz de la pantalla considerada como célibe y asediada por unos y otros.

—Está cometiendo otra equivocación, señor Rider.

—¿Sí?

—Estoy dispuesta a comunicar a la Prensa que soy casada y que tengo un hijo. Se lo diré.

—Entonces se me ocurre una idea estupenda. Dígalo ahora. Estoy seguro de que alrededor de su piscina debe haber un buen ramillete de periodistas. Hágalos partícipes de su secreto. Mañana conocerán su vida millones de lectores y ya puede estar segura de que uno de ellos será su propio esposo. Lawrence regresará a su lado con su hijo y apuesto a que se sentirá muy orgulloso de usted.

—No pienso hacer tal cosa.

—¿Por qué no? Acaba de decir que está dispuesta a revelar su secreto.

—Lo haré cuando haya encontrado a mi esposo, cuando tenga conmigo a mi hijo.

Dejé correr unos segundos. Alargué los brazos y ella se quedó quieta porque quizá no sabía lo que iba a hacer.

Le quité las gafas. Ya he dicho que había muy poca iluminación en la estancia y quizá por eso sus ojos resaltaban más en aquella penumbra. Eran verdosos, muy grandes, unos hermosos ojos.

—¿Qué hace? —exclamó rabiosa.

—Me gusta que mi posible cliente me mire y también me gusta mirarlo a mi vez. Está mintiendo.

—Es usted un impertinente, señor Rider.

—Sólo quiere recuperar a su hijo, pero no está dispuesta a hacer un sacrificio como el que acaba de decir; abandonar su carrera recién iniciada por reconstruir su hogar. No, no lo haría por nada del mundo.

—Muy bien. ¡No lo haré!

—Celebro que estemos de acuerdo.

—¡Pero daré dinero a Lawrence! ¡Mucho más dinero del que él

haya podido ganar en toda su vida!

Le sonreí mostrándole los dientes.

—Ya sé, le va a comprar a su hijo.

—No diga eso... No lo diga.

—¿Por qué no, señorita Clark? Yo le descubro el paradero de su esposo y entonces usted le hará una oferta. Un divorcio en Las Vegas, o en Méjico, que resulta mucho más fácil. Naturalmente, el hijo será para usted, pero él recibirá una buena cantidad de dólares como compensación.

—¿Qué mal hay en ello? ¡No quiero a Lawrence! ¿Lo oye...? ¡No lo quiero!

—¿Y qué hará con su hijo? ¿Dirá que es suyo o preferirá dar la versión de que es el hijo de una hermana que sufrió un desliz?

Levantó la mano para descargármela en la cara, pero anduve rápido y la atrapé por la muñeca mucho antes de que sus dedos me rozasen.

—Es usted un miserable. ¿Cómo puede hablar así?

—¡Oh, claro! ¿Cómo puede hablar así un detective privado a toda una actriz, a Jeanne Clark, a quien hoy aplauden millares de espectadores en todo el país? Pero no nos apartemos de la cuestión. Le he preguntado qué iba a hacer con su hijo.

—Si tiene tanto interés en saberlo, se lo diré. Le pagaré un internado, un colegio, el mejor de los Estados Unidos, el mejor del mundo. Tengo dinero para ello.

—¡Dinero...! Todo para usted consiste en dinero, en dólares... Pagará con ellos a su esposo, comprará para su hijo una educación, un hogar... Oh, se me olvidaba; y también me pagará a mí por proporcionarle todo eso.

—Cuenta con dos mil dólares. Le daré mil ahora mismo. La otra mitad cuando haya encontrado a mi esposo. Cuando lo descubra, no quiero que lo deje. Ha de permanecer a su lado para que no escape. Usted estará presente cuando hable a Lawrence.

—¿Tiene miedo de que él la mate cuando conozca sus planes?

—Sólo dice estupideces. No tengo miedo a Lawrence. Sólo quiero que usted esté presente para que me ayude a convencerlo.

Le solté la mano con brusquedad.

—No, señorita Clark. No la voy a ayudar en eso ni en nada.

—¡Ha de ayudarme...! Le he contado mi secreto.

—No me comprometí con usted; recuérdelo. Usted me ha explicado la clase de trabajo que quería confiarme y a mí no me interesa en absoluto aceptar su encargo. Búsquese a otro.

—No quiero que sea otro. Quiero que sea usted, puesto que ya está al corriente de mi situación.

—Mi respuesta sigue siendo no. Adiós, señorita Clark.

Eché a andar hacia la puerta.

—Párese ahí, señor Rider.

Me detuve junto a la puerta. Siempre existía la posibilidad de que me estuviese apuntando con una pistola.

Pero no tenía ninguna arma en la mano.

—Le daré tres mil dólares.

—No insista. No hace falta que suba su oferta, señorita Clark. Si el trabajo hubiese contado con mi aprobación, lo habría aceptado por los dos mil.

—Es usted un cínico. Cree que le darán más si lo comunica a alguna de esas revistas emponzoñadas.

—No, señorita Clark. No voy a hacer tal cosa. Yo no he estado aquí nunca... No la he conocido. Por tanto, tampoco ha habido ninguna clase de conversación entre usted y yo. En lo que a mí respecta, podrá continuar tranquila sentada en su trono y, sinceramente, señorita Clark, le deseo mucha suerte.

Salí de la habitación y bajé rápidamente la escalera.

Cuando salí a la terraza, la pelirroja Verónica vino a mi encuentro. Se cubría con una salida de baño que le permitía exhibir sus esbeltas piernas.

—Cariño, ¿dónde te metiste? Por fin te encuentro.

Le palmeé en la mejilla.

—Lo siento, nena, pero he de marcharme urgentemente.

—¿Por qué? Planté a mi productor.

—Acabo de recordar que no le puse la comida al gato.

No esperé a que me diese una respuesta. Estaba furioso por lo que me acababa de ocurrir en aquella condenada fiesta.

Fui a la plaza de estacionamiento y poco después abandonaba en mi «Buick» la hermosa residencia de Jeanne Clark.

CAPÍTULO II

AL día siguiente fui contratado por un fabricante de calcetines, cuyo hijo de dieciséis años se había largado de Los Ángeles llevándosele doscientos treinta y cinco dólares. Pero no se había ido solo, sino en compañía de una morenita de quince años, hija de unos vecinos.

La pista de los fugitivos me condujo primero a Nevada y luego otra vez a la costa del Pacífico. Al cabo de cinco días di con ellos en una casucha de la playa, cerca de Seattle.

El muchacho quiso pelear y no lo hizo del todo mal, porque me dejó una huella en la cara, pero al fin pude reducirlo y lograr que me escuchase en silencio. Ella no había intervenido en la pelea. Estaba asustada por lo que habían hecho. Convencí a Freddy, que así se llamaba, para que me acompañasen por las buenas de regreso al hogar.

Fui invitado a la boda de los dos prófugos, pero no me gustan ciertas escenas, de modo que cobré mis honorarios y deseé una continuada luna de miel al Romeo y su Julieta.

Con eso habían pasado siete días desde que conocí a Jeanne Clark.

Había tomado una ducha y me disponía a acostarme cuando el teléfono se puso a sonar.

Atrapé el auricular de mala gana, porque deseaba dormir tranquilo.

—¿Sí?

—Hola, Johnny. Soy Verónica.

Maldije al gordo por haberla dejado sola aquella noche.

—¿Cómo van tus cosas, nena?

—Las mías la mar de bien, pero otra persona no puede decir lo mismo.

Tuve un extraño presentimiento, pero no obstante pregunté:

—¿A quién te refieres?

—A Jeanne Clark. La han detenido.

—¿Corrió a demasiada velocidad con su coche?

—Es algo más que una simple infracción de tráfico. La acusan de asesinato.

—Espera un momento, Verónica. Dejé algo al fuego.

No había dejado nada al fuego. Fui a la cocina y me serví una buena ración de whisky... Después de beber un par de tragos y encender un cigarrillo regresé al dormitorio, me senté en el borde de la cama y atrapé de nuevo el micro.

—¿A quién ha matado?

—A su esposo. Ha sido una sorpresa de nuestra buena amiga Jeanne. Resulta que estaba casada desde hace tres años y hasta tenía un hijo. Su esposo era un fotógrafo. Bueno, Johnny, todo está claro, pero no te he llamado para eso... Con motivo de lo de Jeanne, mi productor ha tenido que asistir a una reunión especial convocada por Ward Cross —hizo una pausa y agregó con voz sugerente—: Estoy sola, Johnny.

—Sí, nena, pero dime antes una cosa. ¿Por qué mató Jeanne a ese esposo que le ha salido ahora?

—El nombre de él es Lawrence Keller. Se había largado con el pequeño dejándola a ella plantada. Jeanne se enteró del lugar adonde había ido a parar.

—¿Dónde?

—En Sherwood Lake, motel Lemond.

—¿Quién la informó?

—Y yo qué sé. Lo cierto es que ella fue allí esta tarde y le ajustó cuentas a Keller.

—¿Quién la sorprendió con las manos en la masa?

—Un vecino oyó los disparos y entró en el bungalow cuya puerta estaba abierta. Keller, con dos balas en el cuerpo, pudo golpear a Jeanne dejándola sin conocimiento. Ella estaba tendida en el suelo con la pistola en la mano y él ya estaba muerto. Es una

tragedia, Johnny.

—¿Qué hay del niño?

—Dormía en su cuna... Johnny, estás perdiendo el tiempo. Ponte en camino enseguida. Mi dirección es Edificio Mira Loma en la Calle Engrave Look 224, apartamento 19.

—Sí, nena —dije y colgué.

No sentía ningún deseo de reunirme con Verónica.

Comencé a pasear por la habitación. Poco antes estaba cansado; pero, ¿quién podía recordar eso ahora? Bebí y fumé.

El resultado de mis cavilaciones fue que, una hora después de haber recibido el comunicado de Verónica, me encontraba sentado en un sillón de cuero mirando al teniente Donovan Spade, de la Brigada de Homicidios, policía de Los Ángeles.

Donovan está por los cuarenta años y es un tipo de cabello canoso, frente abombada y nariz un poco torcida.

Habíamos colaborado en un par de casos y en muchas ocasiones él me había pedido consejo en asuntos donde no tenía la menor intervención. Igualmente, yo había requerido su ayuda otras veces.

—Bueno, muchacho, ¿de qué se trata? —inquirió.

—De Jeanne Clark.

Se echó sobre el respaldo del sillón y golpeó la mesa con el extremo de un lápiz.

—No me encargo del asunto.

—¿A quién se lo han confiado?

—A Delancey.

El teniente Walter Delancey era el polo opuesto a Spade. Resultaba desagradable y era un tipo fornido con cara de boxeador más que de policía, la nariz achatada y los ojos muy separados. No me era simpático ni yo se lo era a él. Estábamos a la par.

—¿Qué interés tienes en el caso? —me preguntó.

—Jeanne Clark me quiso contratar hace una semana para que diese con su esposo. Quería convencerlo para que diera el consentimiento a que ella siguiese siendo actriz. Si él se lo hubiese negado, pensaba pagarle la cesión de su hijo.

—Al parecer, cambió de opinión. En lugar de dinero le recetó balas.

—Pareces estar muy seguro de que fue ella.

—Tú también lo estarás.

Me completó la información que inicialmente había recibido de Verónica. Pero Jeanne no había utilizado una pistola sino un revólver «Smith y Wesson» calibre 32.

El huésped del bungalow vecino al de Lawrence Keller se llamaba Marcus King y era un agente vendedor de coches usados con domicilio en San Francisco que había hecho un viaje a Los Ángeles para ventilar un negocio. Oyó los disparos y salió al porche. Estaba seguro de que los estampidos procedían del bungalow número 9, el vecino al suyo. La puerta aparecía entreabierta. Un hombre estaba tendido en el suelo, inmóvil, con dos agujeros en el estómago. También yacía una mujer que esgrimía un revólver. Primero la socorrió a ella dándose cuenta de que no tenía ninguna herida y que sólo había perdido el conocimiento, pero él estaba muerto. Mientras llamaba a la policía acudió el encargado del motel, un muchacho llamado Billy Drake.

Lawrence Keller había alquilado el bungalow cinco horas antes. Dijo proceder de San Francisco. Traía consigo al pequeño.

No, Billy Drake no había visto llegar a ninguna otra persona. Nadie había preguntado por Keller durante las cinco horas que transcurrieron desde su llegada y su muerte.

Keller, antes de derrumbarse o quizá al mismo tiempo que lo hacía, había golpeado en la sien a su mujer con el puño, dejándola sin sentido.

Eso era todo.

—¿Qué ha dicho ella?

—Nada todavía. Tardó más de media hora en volver en sí. Cuando vio a su esposo muerto, fue presa de un ataque de histerismo. Tuvo que ser atendida por el médico de la policía. Supongo que ahora ya la estarán interrogando.

—Quisiera hablar con ella.

Emitió un gruñido.

—No es cosa mía.

—Díselo a Delancey.

—Sabes en qué estima te tiene. No querrá por ningún motivo. Además, ¿qué te importa a ti todo esto?

—Me siento en cierto modo responsable. Rechacé el encargo de

Jeanne Clark. Si yo hubiese encontrado a Keller, no habría sido necesaria la pistola para que se resolviese el embrollo entre los dos esposos.

—Te he oído decir muchas veces que eliges tus propios asuntos. Si ése no fue de tu agrado, y comprendo la razón, no tienes nada que recriminarte.

—Quiero hablar con ella, Donovan.

Titubeó unos instantes y por último se puso en pie de mala gana.

—No te lo aseguro. Si él te niega el permiso, tendrás que conformarte.

—Corriente.

Fuimos en mi coche al precinto 24.

El corredor estaba lleno de periodistas y fotógrafos a la espera de que les proporcionasen carne fresca que ofrecer a sus lectores.

Donovan me hizo entrar en un despacho donde no había nadie, diciéndome que esperase allí.

Fumé un cigarrillo y al fin la puerta se abrió dando paso a mi amigo y al teniente Walter Delancey.

Cambiamos un frío saludo y Delancey se me quedó mirando mientras se subía los pantalones. Tenía un vientre muy abultado y su cinturón estaba provisto de muchos agujeros.

—De modo que trabaja para Jeanne Clark.

—No, teniente. Pude haber trabajado.

—¡Oh, sí! Donovan me lo ha explicado, pero, ¿qué diferencia hay? Usted está aquí y se interesa por Jeanne Clark —sonrió torciendo la boca—. ¿Su conciencia?

Quería exasperarme. Era su procedimiento. Le daba resultado con la mayoría de personas. Pero no conmigo.

—¿Ha confesado, teniente?

—No, no ha confesado —paseó hacia la ventana y miró al exterior, un sucio patio—. Dice que ella no lo mató.

Miré a Donovan, quien se masajeaba el mentón.

Delancey se volvió lentamente.

—¿Le gusta, Rider?

—Se lo diré cuando haya hablado con ella.

—Usted no hablará con ella.

—Quizá le pueda servir de ayuda, teniente.

—¿Usted ayudarme a mí...? —rio con sarcasmo.

—Walter —dijo Donovan—, Rider, es de fiar.

—Perdona, Donovan, pero yo dirijo este caso y lo haré a mi manera.

Mi amigo apretó los maxilares.

—Como tú quieras —rezongó.

Delancey dio un suspiro clavando sus ojos en mi cara.

—Le diré lo que ha contado y será lo mismo. Cuando llegó al bungalow se encontró con que su marido no estaba allí. Fue a la habitación, donde vio a su hijo durmiendo. Sintió deseos de raptarlo, pero desistió. Naturalmente, lo hizo porque eso no le iba a servir de nada. Ella era demasiado famosa. Keller habría presentado un certificado de matrimonio y todo el tinglado alrededor de Jeanne Clark se habría venido abajo. Asegura que salió al living y estuvo esperando como cosa de media hora. De pronto se abrió la puerta y entró Keller, el cual se quedó muy asombrado al verla allí. De pronto, antes de que ninguno de los dos hubiese dicho nada se abrió de nuevo la puerta... La señora Keller dice que vio en el porche la figura de un hombre. No pudo observar sus rasgos porque él estaba en una zona oscura. El desconocido se cubría con sombrero de ala muy baja, gabardina con cuello subido y gafas negras. Keller se había vuelto y el hombre que estaba en el porche hizo dos disparos. Keller fue arrojado violentamente hacia el interior de la estancia, justo donde se hallaba Jeanne, quien lo detuvo entre sus brazos, pero no lo hizo con bastante fuerza y los dos se vinieron abajo. Ella había quedado de espaldas a la puerta. De repente, sintió que la golpeaban en la sien y quedó sumergida en las tinieblas.

Se hizo un silencio en la estancia que interrumpió Delancey dejando escapar una risita.

—Esta gente que trabaja en el cine llega a confundir a los policías de la vida real con los que interpretan sus guiones. Para ellos los polis son todos estúpidos, dispuestos a creer la primera historia que les colocan por muy fantástica que sea.

Encendí un cigarrillo y dije:

—El vecino del bungalow, ese Marcus, acudió inmediatamente

al de Keller.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre los disparos y el momento en que él penetró en el bungalow?

—Un minuto.

—Si las cosas ocurrieron como dice Jeanne Clark, el asesino pudo montar todo eso en diez segundos.

—Claro que sí, detective. Y con los segundos sobrantes pudo largarse en un cohete hasta Nueva Zelanda.

—Estoy hablando de realidades, Delancey.

—Yo también. Lea los boletines de la Agencia del Espacio y sabrá la distancia que se puede recorrer en un minuto.

—Estoy dispuesto a hacerle la prueba poniéndome en el papel de asesino. En no más de veinte segundos haré dos disparos con balas de fogeo, dejaré sin conocimiento a uno de sus hombres, le pondré la pistola en la mano y me largaré.

—Usted es Superman.

No había nada que hacer con él.

—Gracias por todo, teniente. Hasta la vista —eché a andar hacia la puerta.

—Un momento, Rider —dijo Delancey.

Giré hacia él.

—¿Sí, teniente?

—Lo mató ella y la razón fue el hijo. Acudió allí a matarlo puesto que llevaba el revólver.

—¿Ha confesado ella que es suyo el revólver?

—Muy inteligente, Rider. No, no lo ha confesado. Siempre le he tenido por un buen investigador, Rider, aunque jamás he aprobado sus procedimientos. En este caso no le dejaré meter la nariz. Usted ha venido aquí porque ha olido dinero fresco. Jeanne Clark es una actriz que ha obtenido un éxito fulgurante, pero da la casualidad de que su película apenas está en la primera etapa de explotación. El productor de la muchacha estará dispuesto a pagar hasta cien mil dólares por demostrar que su actriz es inocente. Es eso lo que lo ha impulsado a ponerse en campaña, ¿eh, Rider?

—Donovan le ha dicho que ella me ofreció el encargo de buscar a su marido.

—Sí, pero eso no hace cambiar mi idea con respecto al asunto. En aquel momento, hace una semana, cuando Jeanne Clark quiso contratarle, usted no tenía la menor idea de que la muchacha fuese a matar a su esposo. ¿Contesta eso a su pregunta?

—No, teniente.

—Antes de que se vaya quiero ofrecerle algo de regalo. Lawrence era un hombre normal con relaciones normales, un simple fotógrafo que llevaba una vida tranquila. ¿Por qué cree que alguien le iba a pegar dos tiros en un motel donde se encontraba incidentalmente? —rio estremeciendo el abdomen—. No sea ingenuo, Rider; Jeanne Clark acabó con su marido porque se había ofuscado. Pensó que todo saldría bien y que después de pegar dos tiros a su esposo tendría tiempo de escapar con el pequeño. Luego lo habría dejado en cualquier parte y ella se habría preparado una buena coartada.

—Está haciendo volar su imaginación, teniente

—No le gustan mis fantasías.

—No. Pero, dígame; ¿cómo supo Jeanne dónde encontrar a su esposo?

—Contrató a otro detective privado cuando usted se negó a trabajar para ella.

—¿Quién es el detective?

—Francis Sharlow. ¿Lo conoce?

—No, pero ya hablaré con él.

—De modo que piensa continuar el asunto.

—Sí, teniente.

—¿Por cuenta de quién?

—No trabajo para ningún cliente, al menos por ahora.

—Sé lo que va a hacer. Irá a hablar con Ward Cross, y le ofrecerá sus servicios.

—Quizá lo haga, teniente. No es mala idea. Alguien tiene que pagar los gastos.

No le gustó mi contestación. Endureció sus músculos faciales.

—Ande, Rider, empiece a dar palos de ciego por ahí... Compre testigos falsos, ¿o estará dispuesto a gastar unos cuantos miles en preparar un asesino de pega?

No merecía que le respondiese, de modo que hice un saludo con

la mano y salí de la habitación.

Un fotógrafo disparó su «flash» y un periodista del Star me siguió hasta la puerta.

—Oiga, Rider, ¿qué le ha dicho Delancey?

—Que todo va de primera —le respondí y salí a la calle.

Iba a echar a correr el «Buick» cuando oí la voz de Donovan Spade.

Se acercó rápidamente, tiró de la portezuela y se sentó a mi lado.

—¿Es cierto que vas a investigar el caso?

—Sí.

—Cuando saliste de la habitación, Delancey dijo que te aplastará como una oruga.

—Que lo haga.

—¿Sabes una cosa? Siempre temí que llegase el día en que tú y Delancey os enfrentaseis abiertamente.

—También yo lo pensé.

—Lo siento, Rider, pero no te podré ofrecer mucha ayuda. Delancey sabe que entre nosotros existe una sincera amistad. A partir de ahora me dará de lado, al menos hasta que se haya celebrado el juicio contra Jeanne Clark.

—Gracias por todo. No te volveré a molestar.

Spade saltó fuera. Iba a cerrar la portezuela, pero se interrumpió.

—Eh, Johnny... Estuve viendo a la muchacha, Jeanne, y por si te sirve de algo, sólo oí una frase. La repitió dos veces durante el poco tiempo que permanecí allí... Sus palabras fueron: «Soy inocente».

Pegó un envión a la portezuela e inició el regreso al precinto.

CAPÍTULO III

ERAN las ocho y media de la mañana. Había dormido seis horas, me encontraba perfectamente y con ganas de entrar en acción.

Mi colega Francis Sharlow tenía instaladas sus oficinas en el edificio Berkeley, lujoso, elegante, y moderno.

Le debían ir muy bien las cosas al amigo Sharlow.

Abandoné el ascensor en la planta séptima y empujé una puerta de vidrio esmerilado en la que se leía: «Francis Sharlow. Investigaciones privadas».

Una rubita de aspecto impresionante se estaba pintando las uñas. Alzó los ojos al verme llegar y sonrió.

—¿Me anuncia a su patrón, preciosa?

—¿A quién debo anunciar?

—Shakespeare. William Shakespeare.

—¡Dios mío! ¿No es usted ese autor del que tanto se habla? El año pasado vi una obra suya en Broadway.

—¿Le gustó?

—No mucho. Debería escribir algo sobre los tiempos actuales. Es mi fuerte, ¿sabe?

—Lo tendré en cuenta, nena. ¿Me anuncias ahora? Tengo prisa.

—Oh, sí, desde luego.

Se puso en pie y dirigióse hacia la puerta. Sus caderas eran una coctelera.

Abrió la puerta del fondo y dijo con mucho énfasis:

—Señor Sharlow, aquí tiene a Shakespeare.

—¿Qué estupidez está diciendo? —tronó una voz,

—Es el autor de moda, señor Sharlow, aunque todavía no lo han comprendido... Sólo se representa en teatros de las afueras.

Pasé por junto a ella y Francis Sharlow desistió de enviar a su secretaria al infierno.

Frisaba en los treinta y cinco de edad y era de cabeza grande, casi calvo, frente estrecha y nariz ganchuda

—Hola, Sharlow —dije.

—¿Quién es usted?

Giré hacia la joven y suavemente, la empujé fuera cerrando luego la puerta. Sharlow graznó otra vez:

—¿Quién es usted?

—John Rider, un colega.

Sharlow se arrellanó en el asiento y se echó a reír.

—No haga mucho caso a esa estúpida. Uno siempre debe de tener a una muchacha de buen aspecto para recibir a las visitas... ¿Qué puedo hacer por usted, Rider?

Ocupé un sillón de cuero sin que él me hubiese invitado, saqué un cigarrillo y encendí.

—¿Cuándo le contrató Jeanne Clark?

Se vino hacia adelante apoyando los codos en una carpeta de cuero repujado.

—¿Qué pasa con eso? —ladró.

—La chica ha sido acusada de asesinato.

—He leído los diarios. Y la primera página de todos ellos dicen lo mismo.

—¿Se ha enterado por el diario de lo que hizo su cliente?

—Sí.

—Me dijeron que Jeanne Clark le confió a usted que diese con el paradero de su esposo.

—Sí, colega. Ella me confió esa misión, y cuando di con el paradero de Lawrence Keller, se lo comuniqué a Jeanne y yo desaparecí.

—¿Dónde encontró la pista de Keller?

—En San Francisco. Se había alojado durante quince días en el hotel Callexico. Di con él ayer por la mañana. El encargado del hotel me dijo que Lawrence había cancelado su cuenta y se disponía a marcharse con su pequeño. Jeanne Clark me había dado

una fotografía de su esposo, de modo que regresé a mi coche y esperé. Al cabo de un rato, Keller salió con el niño en brazos. Él viajaba en un «Chevy» modelo del año pasado. Allí empezó la carrera que terminó en Sherwood Lake. Cuando tuve la seguridad de que él iba a pasar allí la noche, me llegué a una estación de servicio que hay siete millas al sur e hice una llamada a Jeanne diciéndole dónde podía encontrar a su esposo. Yo había cobrado el trabajo porque exigí el pago adelantado, de modo que me lavé las manos y me largué a casa.

Se echó otra vez en el asiento, sacó un grueso cigarro y lo despuntó de un mordisco.

—Quisiera que me aclarase un par de puntos.

—Le he desembuchado todo. Ahora, lárguese.

—¿Cómo supo que él estaba en San Francisco? ¿Cómo dio usted con Keller en el hotel Calxico? ¿Por qué dejó solo a Lawrence en el motel Lemond y corrió el riesgo de que se le escapase? Ande, amigo. Acláreme todo eso.

—No hay nada que aclarar —se puso en pie. Era muy alto, casi tan alto como yo y me aventajaba en unos cinco kilos—. Soy detective y tengo por costumbre no dar conocimiento de mis confidencias, ni siquiera a un colega. Usted lo comprende, ¿verdad?

No me gustaba aquel tipo, pero tenía razón.

Nos miramos un rato a los ojos. Finalmente, me levanté del sillón y salí de allí sin decir nada.

La rubia se había puesto otra vez a pintarse las uñas.

—Eh, oiga —dijo cuando iba hacia la puerta—, usted no es Shakespeare.

—No, nena, no lo soy.

—Bueno, eso a mí no me importa. Sigue siendo un buen mozo. Si alguna vez está aburrido, recuérdeme —me dio su teléfono y su nombre, Marcia.

Era una chica sin inhibiciones.

—Quizá haya una oportunidad —repose, y abandoné la oficina de Francis Sharlow.

* * *

El motel Lemond estaba situado al pie de una colina cubierta de pinos.

Detuve el coche ante la oficina y pasé al interior. El registro estaba atendido por un muchacho de aspecto saludable, pecho atlético y cara bronceada. Su cabello era rubio y los ojos verdosos. Cubríase con una camisa a cuadros y pantalones de vaquero. Estaba dibujando una mujer de largas piernas en un papel.

Alzó los ojos y explicó señalando el dibujo:

—Es Salomé en la danza de los siete velos.

—¿Dónde están los velos?

—Llegó demasiado pronto, amigo. Espere a verla dentro de un rato.

Saqué un billete de cinco dólares y cubrí con él a Salomé.

—Tengo mi tiempo tasado, chico.

Fue a retirar el billete, pero yo no lo dejé.

—Cuéntame algo, Billy.

—Lo he contado muchas veces. ¿Por qué no lee los diarios?

—Yo quiero conocer lo que no dijiste a los periodistas.

Me miró con las cejas enarcadas y se echó a reír.

—Oiga, el teniente Delancey perdió su tiempo al enviarle. No me gustan las trampas. Ya le dije toda la verdad.

—No soy un enviado de Delancey. Para ser exacto, no soy policía.

—¿Quién es entonces?

Saqué una tarjeta de la cartera y la arrojé sobre el mostrador.

Él tomó la tarjeta y la leyó.

—Lo siento, señor Rider —dijo cabeceando—, pero las cosas siguen estando ahora como antes. Ya lo conté todo... No vi a la chica. Sólo a él, a ese Keller. Dejó el niño en el coche, se presentó aquí y dijo que iba a pasar la noche en el motel. Le concedí la misma importancia que a cualquier otro cliente. La verdad es que no me fijo mucho en ellos. Sólo en las mujeres bonitas, usted ya me entiende. Le di el bungalow número 9 y se marchó... Bueno, cuando lo volví a ver ya estaba muerto.

—Hábleme ahora de Francis Sharlow.

—¿Francis Sharlow? ¿Quién es?

—Tú lo sabes, Billy.

—¿Yo? No, señor. No conozco a nadie de ese nombre.

Miré desde el registro por el ventanal hacia la carretera. Billy

podía ver desde allí perfectamente a todo coche que llegase desde San Francisco.

—¿No te fijaste que seguían al señor Keller?

—Oh, no me di cuenta.

—¿Tampoco te diste cuenta de los disparos?

—Claro que sí. Los oí perfectamente.

—¿Cuántos fueron?

—Dos.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—¿Y qué hiciste?

—Al principio, me quedé petrificado, pero luego alcancé el teléfono y llamé a la policía.

—¿Cuánto tiempo estuviste petrificado?

—Un minuto... Quizá dos.

—¿Qué oíste durante ese par de minutos?

—Nada. No oí nada.

—¿Ningún coche?

—No, señor. Después de haber avisado a la policía oí gritos. Era el huésped del bungalow número 10 y vi a King en el porche del número 9. Estaba gritando: «¡Han matado a un hombre...! ¡Lo han matado!» Luego dijo que había avisado a la policía.

—¿Quién es ese Marcus King?

—Vende coches, y dos o tres veces al mes hace el viaje de San Francisco a Los Ángeles de regreso...

—¿Cuántos bungalow estaban ocupados anoche además del 9 y 10?

—El 3 y el 7.

Abrí el libro de registro. El bungalow número 3 había sido ocupado por un hombre llamado Douglas Sheridan y el 7 por una mujer, Mirna Atkims. Billy dijo que Sheridan era un hombre de unos cincuenta años, cliente del motel, un comerciante en maderas que tenía su negocio en San Francisco. Todavía continuaba allí. En cuanto a Mirna Atkims, era una mujer de unos treinta y cinco años a quien había visto por primera vez. Había llegado al motel la noche anterior y no se había ido hasta aquella misma mañana. Viajaba sola. Procedía de San Diego y se dirigía a San Francisco.

Era lo único que sabía de ella. Billy dijo que era una hermosa mujer, muy interesante a pesar de usar gafas de miope.

Le dije que quería ver el bungalow número 9 y me dio la llave.

En el suelo se conservaba la figura de Lawrence Keller dibujada con tiza.

Anduve buscando por la habitación algún orificio de bala. Pero no encontré ninguno.

Fui al bungalow número 7 y apreté el timbre.

Me abrió un hombre robusto.

—¿Señor Sheridan?

—Sí.

Le dije quién era.

—Estoy investigando el suceso de anoche.

—No tengo nada que ver con eso y ya contesté a las preguntas de la policía.

—Terminaré enseguida, señor Sheridan —repuse—. Sólo quiero saber si oyó algo aparte de los disparos.

—No oí nada. Ni siquiera los disparos. Estaba dormido. Cuando trabajo mucho, duermo profundamente. Vine aquí a descansar después de un par de semanas de emplear muchas horas en el negocio. No oí nada, señor Rider. Me enteré de lo ocurrido cuando la policía me sacó de la cama.

Le di las gracias a pesar de todo y regresé al registro. Billy ya había colgado un par de velos a Salomé.

—¿Sacó algo en claro? —preguntó.

—Nada.

—¿Por qué investiga, señor Rider? ¿Piensa que ella no lo mató?

—Me gusta comprobar las cosas.

Le entregué la llave e inmediatamente me largué de allí.

Mientras hacía correr el coche por la carretera de regreso a Los Ángeles me dije que Jeanne tenía muy pocas probabilidades de escapar a la cámara de gas.

Acerté. A mediodía, la oficina del fiscal del distrito anunció que Jeanne Clark sería acusada de asesinato en primer grado.

CAPÍTULO IV

CHARLIE ATWOOD era uno de los ayudantes del fiscal del distrito. Debía estar por los veintiocho o veintiséis años de edad y su cualidad más destacada era la ambición. Rezumaba vitalidad por los poros y no hacía falta ser un perito en sicología para adivinar que Charlie estaba dispuesto a escalar los más altos puestos de la política.

Me tenía respeto y yo lo respetaba a él. Nos habíamos conocido un par de años antes cuando Charlie acababa de ingresar en la oficina del fiscal. Conocía muy bien las leyes, pero le faltaba experiencia. Adquirió una buena ración de ella a mi lado a lo largo de una investigación del asesinato de una muchacha de catorce años. Todo señalaba a un sádico asesino, a un desconocido, y él mismo lo creyó así, pero tuve en cuenta otras cosas y probé que el asesino era una mujer, justamente la tía de la muchacha, y que había cometido el crimen por celos.

Charlie Atwood me estrechó la mano.

—¿Por dónde anduvo, Rider? Hace mucho tiempo que no lo veo.

—Decidí conocer Europa.

—¿Por qué regresó? ¿No se encontraba bien allí?

—Se me acabó el dinero.

Atwood sonrió invitándome a que me sentase y enseguida dijo:

—Puedo ofrecerle trabajo. Hay vacante una plaza de investigador. Es suya.

—No, gracias. He abierto otra vez mi oficina.

—Le entiendo. Prefiere trabajar como un lobo solitario.

Realmente, no sé por qué se lo he dicho. Usted no es de los tipos que se alquilan por un sueldo fijo. Dígame, Rider; ¿en qué puedo serle útil?

—Quiero hablar con Jeanne Clark. Lo intenté anoche, pero el teniente Delancey me lo impidió. Según he leído en la Prensa, la detenida ha pasado a su jurisdicción.

El rostro de Charlie no se alteró. Era un buen jugador de póquer.

—Oh, sí, el teniente Delancey me habló de que estuvo a punto de ser contratado por Jeanne Clark, pero no aceptó el encargo. ¿Pretende ofrecerle sus servicios ahora, Rider?

—Se los ofreceré si es inocente.

—Entonces, no tiene que molestarse, Rider —Atwood tomó una carpeta entre las manos—. Seis empleados de la oficina han estado trabajando en el asunto desde esta mañana a las siete. Ahora son las doce y media. He hablado dos veces con Jeanne Clark. Me leí unas cuantas veces todo lo referente a ella y a ese esposo suyo. No he encontrado una sola palabra, una sola línea, en que Jeanne pueda buscar su defensa.

—En tal caso, ¿por qué ha de encontrar inconveniente en que hable con ella?

Se me quedó mirando muy serio y de pronto se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—El astuto señor Rider —volvió a quedar serio y finalmente se puso en pie—. Está bien. La verá, Rider.

Fue así como quince minutos más tarde me encontraba en una habitación donde solamente había una mesa y cuatro sillas.

Abrióse una puerta y vi entrar a Jeanne seguida de una mujer policía. La joven actriz estaba pálida y continuaba llevando sus gafas oscuras.

Al verme allí, su intención fue dar media vuelta.

—Señorita Clark.

Se detuvo.

—¿Qué quiere, señor Rider?

—Intenté verla a usted la noche pasada, pero no me dejaron.

—¿Para qué? ¿Qué quería?

—Saber si usted mató a su esposo.

—¿No ha leído los diarios? ¿No habló con la policía...? ¿Con el fiscal?

—Sí.

—¿No le basta eso?

—No. No me basta.

Reinó un silencio durante un rato. La joven se mojó los labios con la lengua y acabó de penetrar en la estancia.

La mujer policía ya estaba dentro de la habitación y había cerrado la puerta. Su obligación era permanecer allí para que yo no le entregase nada a la detenida, pero el ayudante del fiscal la había aleccionado para que no perdiese una sílaba de la conversación.

—Señorita Clark, ¿ocurrieron las cosas tal como usted las contó?

—Exactamente como las conté. El desconocido disparó dos veces sobre mi esposo. Yo lo recibí en mis brazos y los dos caímos al suelo. Cuando fui a levantarme, recibí el golpe.

—¿Llegó a hablar con Law?

—No. Ni una sola palabra.

—¿Quién le dijo que su esposo estaba allí?

—Francis Sharlow, el detective que contraté en su lugar. Me hizo una llamada. Había seguido a Lawrence desde San Francisco, donde lo había encontrado en un hotel llamado Calxico. Inmediatamente me puse en camino. En aquel momento me encontraba sola en casa y sólo tuve necesidad de ponerme un abrigo.

—¿En qué coche viajó?

—En un «Jaguar» que me había comprado Ward Cross.

—¿Se detuvo en alguna parte en su viaje al motel Lemond?

—No.

—¿Dónde dejó el coche cuando llegó allí?

—Lo saqué de la carretera, a unas doscientas yardas. Estaba muy oscuro.

—¿Por qué no fue directamente al motel en el coche y lo estacionó en la playa?

—Sharlow me había dicho que Law se hospedaba en el bungalow número 9 y no quería que nadie me viese. Pensé que era mejor sorprender a Lawrence.

—¿Llevó consigo su bolso?

—Sí.

—Y dentro del bolso llevaba un revólver «Smith y Wesson» calibre 32.

—¡Oh, no! Ese revólver no es mío.

—Pero llevaba otra arma.

—No, no llevaba ningún arma.

—¿Por qué tomó entonces el bolso?

—Había metido en él todo mi dinero, cuatro mil ochocientos dólares. Ya se lo dije a usted. Si Law no daba su consentimiento, pensaba comprar su silencio con la condición de que me entregase el niño.

—No he oído hablar de que se encontrase ningún bolso.

—Se lo llevó el asesino.

—¿Por qué?

—Y yo qué sé. Quizá lo registró y vio el dinero.

—Hábleme del asesino.

—Apenas pude ver a ese hombre. Todo sucedió muy aprisa. Cuando se abrió la puerta, mi marido cubría el hueco. Sólo le vi la cabeza. Law recibió los dos disparos, y salió lanzado tambaleándose. Entonces pude ver la figura del criminal. Pero también fue durante un segundo, porque enseguida Law golpeó contra mí.

—¿Cuál era la talla?

—Mediana, quizá un poco más alto.

—¿Peso?

—Unos setenta kilos, pero no me pregunte más... Cuando cierro los ojos, lo veo allí con su sombrero de ala baja, la gabardina, sus manos con guantes negros, la derecha esgrimiendo la pistola...

—¿Qué clase de pistola?

—No entiendo de armas.

—Quítese las gafas.

—¿Para qué...? ¡Oh, sí! Ya sé, usted necesita que el cliente le enseñe la cara porque sabe leer en los ojos —lo dijo con sarcasmo, pero se quitó las gafas. Tenía profundas ojeras.

—Sí, señorita Clark. Sé leer en los ojos.

—¿Y qué le dicen los míos?

—Que es usted culpable, que sus declaraciones han sido completamente falsas. Usted mató a su esposo. Fue allí con la idea preconcebida de matarlo si no llegaba a un acuerdo. Usted le pidió el divorcio y el niño. Admito que se riesen de usted y de sus pretensiones. Discutieron y llegó un momento en que usted, fuera de sí, sacó el revólver y le pegó dos balazos. Law trató de librarse de aquello y la golpeó en la cabeza.

Jeanne hacía rechinar los dientes.

—¡Es usted un canalla como todos los demás...! No maté a mi esposo, pero pueden hacer lo que quieran. Se ha puesto de parte del fiscal, y naturalmente, será su testigo. Usted fue el primer detective a quien revelé mi secreto.

—Si me convocan como testigo en el juicio, no tendré más remedio que decir lo que sé.

—Usted dirá que yo maté a mi esposo.

—No, eso no lo diré porque no lo sé.

Fue a marcharse, pero la tomé por el brazo.

—Espere, Jeanne. Hábleme de su esposo.

Arrugó el entrecejo.

—¿Qué quiere que le diga? No sirve ya de nada.

—¿Para quién trabajaba?

—Era un fotógrafo independiente. Hacía fotografías artísticas para tarjetas postales.

—Usted lo conoció porque posó para él...

—Ande, piense lo peor si quiere, pero nuevamente se equivocará. Lo más que hice fue posar en bañador, aunque tampoco eso se lo van a creer. Ni usted ni el fiscal.

—¿Por cuenta de quién hacía Law las fotografías?

—Trabajaba para la editorial Atenea. Su dueño es Slyke Bayard.

—Dijo que se fue a los mares del Sur con un periodista.

—Sí. El periodista era Roger Sloan. Debía hacer un estudio de las poblaciones indígenas para la editorial Atenea. Lawrence tenía a su cargo la parte fotográfica. Le ofrecieron cuatro mil dólares por tres meses de trabajo.

—¿Se mezcló él alguna vez en un negocio sucio?

—No, que yo sepa.

—¿Enemigos?

Se apretó las sienes con la mano.

—Nunca me habló de que tuviese un enemigo. Law sabía granjearse la simpatía de todos.

—¿En qué diario trabaja Sloan?

—En El Centinela.

—¿No recuerda alguna cosa, algún detalle acerca de la vida de Lawrence que pueda ser de utilidad?

—No —la joven me miró fijamente a los ojos—. ¿Qué puede significar todo este interrogatorio, señor Rider?

—Estoy libre, señorita Clark. Si usted me contrata, estoy dispuesto a dedicar mis horas a probar su inocencia.

Se quedó perpleja.

—Pero usted ha dicho antes...

—No importa lo que haya dicho antes. En este momento no sé si es usted una embustera de clase extra o es realmente inocente. Pero confieso que tengo mis dudas con respecto a su culpabilidad. Si me engaña, peor para usted.

—Soy inocente.

—Deje que sea yo quien compruebe eso.

—Debería mandarlo al infierno, señor Rider, pero no tengo más remedio que contratarlo.

—De acuerdo. Trato hecho.

—No puedo pagarle ahora nada.

—¿Quién le ha pedido algo? Si fracaso, me daré prisa en presentarle la factura antes de que la metan en la cámara de gas.

Se estremeció visiblemente, pero no hizo ningún comentario. Volvió a ponerse las gafas.

—¿No tiene muchas esperanzas, verdad? —murmuró.

—Nunca se puede saber.

Me alargó la mano. Se la estreché. Estaba muy fría.

—Gracias de todas formas, señor Rider.

Luego salió de la habitación.

Minutos después era introducido nuevamente en el despacho de Charlie Atwood, pero el ayudante del fiscal del distrito no se encontraba allí.

Transcurrieron quince minutos y al fin la puerta se abrió dando

paso a Charlie.

—Lo siento, Rider, pero tuve que atender un caso urgente —dio la vuelta a la mesa y ocupó su sillón—. ¿Qué me dice de lo de Jeanne?

—Usted lo sabe todo, Atwood. Su caso urgente consistió en hablar previamente con la mujer policía que presencié mi entrevista con Jeanne.

Esta vez no sonrió. Dobló ligeramente los labios en una mueca sardónica.

—Está bien, Rider. A usted no hay quien se la pegue, ¿verdad?

—Yo no diría tanto. Hay alguien que me la ha pegado.

—Ha cometido un gran error al ofrecer sus servicios a la señora Keller.

—¿Por qué?

—Usted lo sabe perfectamente. Ella es culpable.

—Oiga, Charlie; no he leído nada en los diarios acerca del «Jaguar», ya sabe, el coche en que ella llegó. Tampoco el teniente Delancey se refirió a ello. ¿Se tragó la tierra el coche?

—Claro que estaba allí, pero, ¿qué prueba eso? Si no lo mencionamos fue porque no tenía importancia.

—¿Tenía puestas las llaves de ignición?

—Sí, y celebro que lo pregunte porque eso tira por tierra la fábula de Jeanne acerca del bolso desaparecido. Si lo hubiese llevado consigo, ella habría guardado las llaves en él antes de abandonar el coche.

—Estaba demasiado nerviosa para acordarse de eso.

—Me está demostrando que es usted un ingenuo, Rider.

Me puse en pie.

—Agradecido por el favor, Charlie.

—Puede hacer con su tiempo lo que quiera. Sinceramente, no me gustaría tener que tomar medidas contra usted.

—¿Por qué, Charlie? ¿Por qué ha de tomar medidas contra mí? Tiene encerrada a su presunta culpable e imagino que ha compuesto una pieza de acusación por la que su jefe le dará los mejores parabienes. Así las cosas, ¿qué hay de malo en que vaya por ahí investigando algunos aspectos del asunto?

Atwood tenía un gran dominio de sí mismo, pero ahora se

quedó sin habla.

Lo observé antes de salir. Estaba rígido, los maxilares apretados, mirándome fijamente.

CAPÍTULO V

ME llevó más de una hora encontrar el paradero de Roger Sloan, el periodista que había acompañado a Keller a los mares del Sur.

No se encontraba en la redacción de El Centinela ni en su domicilio, pero un compañero suyo me dio el nombre de su amiga, una tal Ruth Masters.

Cuando apreté el botón del timbre me abrió ella misma. Era esbelta, rubia y poseía unas curvas pronunciadas.

—Buenas tardes, señorita Masters. ¿Está aquí Roger?

—Sí, pero duerme. Se acostó muy tarde.

—¿Quiere despertarlo? El asunto es urgente.

—¿Quién es usted?

Le dije quién era y mi profesión. Entonces ella me franqueó el paso a un living y desapareció por una puerta.

Al cabo de un instante oí unos gritos.

—¿Qué infiernos...? ¡No conozco a ese tipo! ¡Mándalo al infierno!

La rubia reapareció.

—Lo siento, señor Rider, pero Roger no puede verlo en estos instantes.

Caminé rápidamente hacia la puerta, pero ella se puso delante.

—No entre ahí.

—No puedo marcharme sin hablar con Roger.

—Está de muy mal humor y le podría hacer daño.

La tomé por el brazo y la aparté a un lado. Ella no ofreció resistencia y entonces abrí la puerta y pasé al interior. El

dormitorio estaba a oscuras y di vuelta al conmutador de la luz.

Había un hombre tendido en la cama boca abajo. Se cubría con un pijama azul.

Empezó a soltar maldiciones mientras se volvía.

—Pero, Ruth, ¿es que no me quieres dejar en paz?

—No soy Ruth —dije.

Quedó sentado en la cama frotándose los ojos. Su cabello negro estaba muy revuelto y daba la impresión de que tenía una buena resaca. Al fin pudo enfocar mi imagen.

—¿Qué le pasa? ¿Quién es usted?

—Su rubia se lo dijo.

—John Rider, detective privado. ¿Qué tengo que ver con usted? ¿Nos conocemos?

—No, pero usted es amigo de Lawrence Keller.

—Ah, se trata de Lawrence... Buen chico. Dele recuerdos cuando lo vea.

—Se los daré cuando me hayan retirado de la circulación.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dice?

—¿No se ha enterado todavía?

—¿De qué había de enterarme? Me acosté a las cinco de la mañana y llevaba dos noches sin dormir. ¿Qué le ha pasado a Lawrence?

—Lo asesinaron.

—¡Dios mío...!

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí, pero él lo rechazó con la mano.

Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

—Dispéñseme un momento.

Oí cómo corría el agua. Pasaron diez minutos y al fin apareció frotándose con una toalla.

—No hay como una ducha fría para que uno se quede como nuevo.

Saqué el ejemplar del Star que llevaba en el bolsillo y se lo alargué.

Soltó unas cuantas exclamaciones mientras leía lo referente a la

muerte de Lawrence Keller.

Cuando hubo terminado, dijo:

—¿Me da ese cigarrillo ahora?

Se lo di y lo encendió con un encendedor que alcanzó de la mesilla de noche.

—Sabía que Lawrence estaba casado, pero ignoraba que Jeanne Clark fuese su esposa. Lawrence la llamaba siempre Doc o Dorothy... Sólo le puedo decir que estaba muy enamorado de ella. En Honolulu se pasó muchas horas hablándome de su Dorothy.

—¿Conoció a Keller antes de que emprendiesen el viaje?

—No. Fuimos presentados en la editorial Atenea por Slyke Bayard. He escrito algunos libros sobre países extraños y tratado a muchos fotógrafos. Con nadie me llevé mejor que con Keller. El año próximo pensaba ir a Nueva Zelanda y dije a Law que lo llevaría a él o haría las fotografías por mi cuenta.

—¿Cuánto tiempo les llevó el viaje?

—Ochenta y cinco días exactamente.

—¿Todo se realizó bien?

—En un viaje de esa clase siempre surgen inconvenientes. Ya había terminado la época de las lluvias. Sin embargo, nos llovió durante una semana completa en las Hawai y tuvimos que soportar un tifón camino de Midway.

—¿Qué tal se portó Keller?

—Le entusiasmó aquel trabajo. Era un buen fotógrafo y sacó el máximo partido de todo lo que se ofrecía a sus ojos. Estoy seguro de que este libro será el mejor que me hayan editado desde el punto de vista fotográfico.

—¿No le llamó algo la atención respecto a Keller?

—Era un hombre la mar de normal... Bueno, si se refiere a las mujeres, le gustaban como a todos, pero nunca se entretuvo con cualquiera de ellas más de la cuenta.

—No me refería concretamente a mujeres sino a todo. Quizá le hizo confidente de alguna cosa.

—Lawrence era bastante reservado. Sólo se preocupaba por su trabajo. Muchas tardes, después de dormir la siesta me encontraba con que él se había marchado. Al cabo de un par de horas regresaba mostrándome la máquina y diciendo que había estado

tirando un carrete.

Se volvió hacia la mesilla de noche y golpeó su cigarrillo en el cenicero.

—Ahora recuerdo algo de Keller.

—¿El qué?

—Una vez habló entre sueños. No le concedí importancia.

—¿Qué es lo que dijo?

Se quedó pensativo unos instantes.

—Quiero recordar sus propias palabras... Sí, creo que fueron éstas —hizo una pausa—: «Sacaremos cien mil dólares, O'Hara... Cincuenta mil para cada uno... Ese tipo los pagará».

—¿Algo más?

—No, eso fue todo. Bueno, yo también estaba medio dormido y pensé que tenía una pesadilla. Al día siguiente me acordé de aquello y le repetí lo que había dicho. Lawrence recordó que había soñado con cierta película de gangsters que había visto unos meses atrás.

—¿Qué film?

—No me dio el título.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Bikar, en las islas Marshall.

—¿Habló alguna otra vez en sueños?

—No. No volvió a ocurrir...

—¿Qué me dice de Slyke Bayard?

—Es un tacaño de mil demonios, un tipo que te estruja como si fueses un limón.

—Tengo entendido que Keller trabajaba para él haciendo fotografías para tarjetas postales.

—Sí, vi unas cuantas series de esas fotografías cuando Bayard me sugirió a Keller como fotógrafo para realizar mi viaje.

—¿Qué clase de postales eran?

Me miró con el ceño arrugado.

—Fotografías de paisajes, y de muchachas, pero todas las chicas estaban vestidas, si es a eso a lo que se refiere. Bayard, aparte de sus defectos, es un hombre que se dedica a negocios honestos. No podría ser de otra forma porque es un puritano.

—¿Volvió a ver a Lawrence después de su regreso a Los Ángeles?

—Sí, me visitó cuatro o cinco días después de nuestra arribada. Quería charlar conmigo. Permanecimos tres horas juntos bebiendo, hablando de los incidentes de nuestro viaje. Le leí algunos capítulos y me alegré que le gustasen.

—¿No lo encontró preocupado?

—Quizá sí.

—¿No le preguntó acerca de ello?

—Nunca me ha gustado meterme en la vida de los demás.

—¿Nombró a Dorothy en el transcurso de su conversación?

—No. De pronto dijo que se le hacía muy tarde y que debía regresar a su apartamento en Pasadena.

Le pedí la dirección de Keller en Pasadena.

—¿Es ésa la última vez en que se vieron? —pregunté después.

—Quedamos en que yo le llamaría algún día por teléfono para almorzar juntos, pero tenía mucha prisa por acabar mi libro. Cuando lo hube rematado, le hice la llamada, pero el teléfono no contestó. Lo intenté dos o tres veces más, a distintas horas del día, pero el resultado fue el mismo. Entonces pregunté a Bayard y me dijo que él tampoco sabía nada de Keller desde hacía una semana.

Sacudí la cabeza.

—¿Algo más?

Me mostró las palmas de las manos.

—Lo siento, pero no puedo informarle de otra cosa.

Salimos de la habitación. La rubia estaba sentada en un diván, cruzadas las piernas. Le dije que celebraba haberla conocido e hizo una inclinación con la cabeza.

Roger me acompañó hasta la puerta.

—Oiga, Rider, según veo usted no cree que ella lo asesinase.

—No, no lo creo.

—Sin embargo, por lo que he leído en el diario, todo le acusa a ella. La policía piensa que la historia de ese desconocido es una pura fábula

—Yo no pienso como la policía, Roger. Hasta la vista.

Me metí en el coche y lo dirigí hacia los estudios «Liberty» donde Ward Cross producía sus films.

Estacioné el coche y me dirigí hacia una puerta donde había un vigilante con una pistola. Le dije que quería ver al señor Cross y le entregué una de mis tarjetas.

—Lo siento, pero no lo puede recibir.

—Dígale quién soy y que trabajo para Jeanne Clark.

Titubeé unos instantes, pero finalmente se fue a una cabina.

Mientras esperaba, encendí un cigarrillo.

Más allá de las rejas vi soldados romanos, tipos disfrazados de cheyennes y una docena de bravos cow-boys.

El cancerbero regresó.

—Puede pasar. Le espera en su despacho.

Fui al edificio y entré en un gran hall.

Había una rubia tras el mostrador de información. Di otra vez mi nombre y le dije que Cross me estaba esperando.

La rubia salió de su escondrijo y me invitó a que la siguiese.

Hicimos un largo recorrido a través del hall hasta llegar a una puerta, pero tuve un buen viaje porque la chica, por detrás era un poema con muchos paréntesis.

Me abrió la puerta y pasé a un despacho donde podía haberse reunido la convención demócrata para elegir presidente.

Ward Cross no estaba solo. Le hacían compañía dos hombres, uno de cabello blanco y otro que ya se había quedado sin pelo.

Ward Cross se puso en pie y me tendió la mano. Cambié un apretón y él dijo sin pausa:

—¿Le he entendido bien, señor Rider? Ha dicho que usted trabaja para Jeanne.

—Sí, señor Cross. La señorita Clark me contrató esta mañana.

En la estancia se hizo un silencio glacial.

—¿No le gusta, señor Cross? —pregunté.

—Siéntese, por favor.

Ocupé un sillón tan blando que parecía hecho de mantequilla. Ward Cross continuó en pie haciendo crujir las articulaciones de los dedos. Una fea costumbre.

—No, señor Rider. No me gusta —dijo.

—Creí que sería interesante para usted probar la inocencia de Jeanne.

—No sea iluso, Rider. Jeanne ha sido una embustera, una mentirosa.

—Eso no prueba que necesariamente sea una asesina.

—Oiga, señor Rider; he hablado con el teniente Delancey y con el ayudante del fiscal del distrito. Son las dos personas que llevan el caso. Para ellos no existe ninguna duda de que Jeanne sea la asesina. En tales circunstancias, ¿qué quiere que haga? Naturalmente, Jeanne contará con el mejor abogado de Los Ángeles, el señor Meredith —señaló uno de los tipos que estaban al otro lado, el del cabello blanco.

Conocía a Meredith por haber visto muchas veces su fotografía en los diarios. Era uno de los tres famosos abogados que defendían a las grandes estrellas, aun cuando las más de las veces se limitaban a intervenir en asuntos de divorcio o en infracciones de tráfico.

—¿Cuál es su opinión, señor Meredith? —pregunté.

—He estado con Jeanne Clark hace apenas una hora. Mi punto de vista es que debe hacer una confesión. No está probado que el revólver «Smith y Wesson» calibre 32 le perteneciese a ella. No consta que compró el arma en ninguna parte, y por añadidura, el número de serie de ese revólver no aparece registrado oficialmente. Eso nos concede un margen de posibilidades para eludir el cargo de asesinato en primer grado. El revólver fue comprado por Lawrence Keller, no nos importa a quién. La muchacha llegó al bungalow en busca de su hijo. Sobrevino una fuerte discusión entre los dos esposos y Lawrence, exasperado, sacó el revólver. La joven forcejeó con él y durante la pelea se dispararon los dos tiros.

—Esa tesis no será admitida por el fiscal.

—Naturalmente, pero lograré un compromiso con ellos admitiendo que la muchacha tomó el revólver de Keller cuando estaban en plena discusión. Todo quedará reducido a un homicidio. Jeanne no será condenada a una pena superior a doce años.

—De modo que le dijo todo eso a ella.

—Sí.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—No está dispuesta a confesar nada. Dice que es inocente.

—Gracias, señor Meredith. Me ha ayudado mucho al contarme su historia.

Hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cree a Jeanne, señor Rider?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Puede llamarlo corazonada si lo prefiere porque, sintiéndolo mucho, no puedo presentar ninguna prueba de que Jeanne Clark esté diciendo la verdad.

Meredith sonrió.

—También he de darle las gracias a usted por esa aclaración, señor Rider.

Ward dio la vuelta a la mesa y se puso frente a mí.

—Oiga, señor Rider; estoy dispuesto a pagarle cinco mil dólares si usted logra que Jeanne confiese.

—¿Para qué necesita que Jeanne confiese? Pensé que le convendría más probar su inocencia para la explotación de su película.

—No diga tonterías. Lo que usted acaba de decir demuestra que no conoce el negocio del espectáculo. He consultado el caso con mis colaboradores más próximos y todos están de acuerdo en una cosa. Si Jeanne Clark admite que en un momento de ofuscación disparó contra su esposo, su caso será visto con simpatía por millones de mujeres. Ella sólo quería a su hijo y él se negó a dárselo. Es comprensible desde el punto de vista femenino que Jeanne tratase de conseguir al pequeño por otro procedimiento. Pero si ella se obstina en afirmar su inocencia, según nos ha contado el señor Meredith, el fiscal presentará un caso de asesinato en primer grado. Imagine lo demás. Jeanne será presentada ante el país como una mujer que, premeditadamente, fue a matar a su marido con la idea de que su crimen permaneciese en la impunidad, ya que sólo fue atrapada porque las circunstancias no se le mostraron propicias. En tal caso, siendo ella una asesina, el film no producirá dinero siquiera para pagar los gastos.

—Y de la otra forma, explotando la sensibilidad de la mujer americana, usted podrá ganar un millón de dólares, de los cuales aparta cinco mil para pagar mis servicios.

—Me gusta plantear los negocios fría y resueltamente, señor Rider. Comprendo que le parezca poco cinco mil —dijo un suspiro

—. Está bien, doblaré sus honorarios. Cobrará diez mil cuando me traiga esa confesión.

—No, señor Cross. No espere que le traiga tal documento.

Me apuntó con el dedo índice.

—No espere que le dé más.

—No espero que me dé nada. Para su tranquilidad, no aceptaría su encargo ni por una moneda de cincuenta centavos.

Ward entornó los ojos.

—Creí que había venido aquí para ofrecirme sus servicios, que sería lo bastante inteligente para ello.

—Quizá no sea lo bastante inteligente —dije levantándome.

—¿Acaso pretende de verdad probar la inocencia de Jeanne?

—¿No fue lo que dije, señor Cross?

Meredith se echó a reír.

—Cuando encuentre al desconocido de la gabardina, no se olvide de comunicármelo, señor Rider, aunque le cueste unos años.

—Tendré en cuenta su deseo, señor Meredith.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Rider! —gritó Cross.

Giré sobre mis talones y esperé a que hablase. Estaba rojo.

—¿Se da cuenta de que va a perjudicar mis intereses, Rider?

—No sé a quién voy a perjudicar. Nunca lo tengo en cuenta cuando pienso que trabajo para hacer justicia. Buenas tardes, caballeros.

Salí de allí sin que ya nadie dijese nada.

CAPÍTULO VI

UNA mujer seca de unos cincuenta años, con blusa abotonada al cuello y que defendía sus ojos con lentes de gruesa graduación, me pasó a presencia de Slyke Bayard.

El hombre que había sido el patrón de Keller era gordito, con párpados hinchados y mofletes que le caían por sobre la barbilla dando a su cara un aspecto perruno.

Estaba sentado tras una mesa y allí se quedó golpeando con el índice la tarjeta que su huesuda secretaria le había pasado.

—Si viene a interrogarme acerca de Keller, debo decirle que la relación que me unía a ese hombre era de simple trabajo. No soy de las personas que acostumbran a dar confianza a sus empleados.

—Imagino que eso le permitirá no dar anticipos cuando se los piden.

—¿Eh?

—Era un chiste, señor Bayard.

Emitió unos cuantos gruñidos un poco desconcertado y bailoteó en el asiento, que le venía demasiado ancho.

—Tengo mucho trabajo pendiente, señor Rider, de modo que le ruego sea breve.

—¿Desde cuándo conocía a Keller?

—Hará unos cinco años.

—¿Cómo trabajó conocimiento con él?

—Me trajo unas fotografías, me gustaron y se las compré. Desde entonces, le di muchas oportunidades. Pero él era un fotógrafo independiente de la casa. Lo que haya hecho fuera del trabajo que

le confiaba me tiene sin cuidado porque yo no era responsable.

—¿Cree que Keller hizo algo malo?

—No lo sé.

—He estado hablando con Roger Sloan y me ha dicho que Lawrence era una persona muy sociable.

—No digo que no lo haya sido.

—¿Con qué personas se relacionó aquí?

—Hay media docena de fotógrafos que trabajan para mí. Lawrence conoció a alguno de ellos. Naturalmente, también trabajó relación con el personal administrativo, la señorita Ratigan, a quien ha conocido usted ahora, Helen Marlowe, nuestra cajera. En fin, mucha gente lo vio entrar y salir aquí, pero insisto en lo que dije antes, señor Rider. A mí sólo me interesaba el trabajo profesional de Keller. No conozco sus idas y vueltas...

—¿Tendría inconveniente en darme una lista de sus colaboradores?

—¿Para qué?

—Me gustaría hablar con ellos acerca de Keller.

No le agradaba lo más mínimo mi idea, pero tras un titubeo, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Pídasela a la señorita Ratigan.

Me despedí de él dándole las gracias.

Le dije a la señorita Ratigan que me diese la lista del personal que de uno u otro modo estaba relacionado con la editorial Atenea. Ella me miró por encima de sus lentes, se levantó y entró en el despacho de Bayard, del que regresó al poco marcando el paso como un bizarro soldado.

Abrió el cajón de un archivo y sacó una hoja que me alargó. La señorita Ratigan debía pensar en todo. Es posible que en los ratos libres se dedicase a hacerle una bufanda a su patrón.

Eché un vistazo a la lista, pero mis ojos se detuvieron en el quinto nombre. Christopher O'Hara, fotógrafo.

En total era una lista de doce nombres.

—Quisiera hablar con el señor O'Hara, señorita Ratigan.

—Lo siento, pero no está aquí.

—¿Me puede dar su dirección?

—Sí, pero tampoco lo encontrará en su domicilio.

—¿Se marchó de viaje?

—Imagino que sí, señor Rider, pero no nos dijo adonde. Los fotógrafos no son colaboradores fijos de la editorial.

—Sí, eso me dijo su jefe. ¿Cuándo se marchó el señor O'Hara?

—No lo sé concretamente. Hace cuatro días le hice una llamada para hablarle de unas fotografías, pero ya no lo encontré. Desde entonces le he llamado muchas veces sin que su teléfono respondiese.

—¿Es casado el señor O'Hara?

—No.

—¿Familia?

—No le conozco ninguna.

—¿Quiere darme su descripción?

—Desde luego. Tiene 30 años y es alto, de cabello y ojos castaños, nariz aguileña, mide uno setenta y siete de altura y pesa setenta y cinco kilos.

La señorita Ratigan era una secretaria eficiente y una gran observadora. Agregó la dirección de O'Hara y su número de teléfono.

—¿Qué tal se llevaban O'Hara y Keller?

—Se conocían.

—¿Trabajaron alguna vez juntos?

—No. Cada uno tenía un cometido diferente. El señor Keller estaba especializado en fotografía artística.

—¿Cuál era la especialidad de O'Hara?

—El señor Bayard le tiene asignada la misión de documentar los libros de época. Ya sabe, fotografías que se refieren a hechos ocurridos durante los últimos cincuenta años. Tenemos una historia contemporánea cuyas fotografías han sido recopiladas por O'Hara.

—¿Y cómo llevaba a cabo esa misión el señor O'Hara teniendo en cuenta que como profesional; sólo pudo hacer por sí mismo las fotografías que se refieren a una década?

—Al señor O'Hara le gusta adquirir archivos de fotógrafos con treinta y cuarenta años de profesión.

—Fue usted muy amable, señorita Ratigan.

* * *

El edificio donde se ubicaba el apartamento de O'Hara era

moderno y el encargado viejo.

Le dije que quería ver a O'Hara y me contestó que le había entregado las llaves dos semanas atrás sin decirle adonde se dirigía.

Exhibí un billete de cinco dólares y se lo metí en el bolsillo de su traje verdoso con botones dorados.

—¿Alguien me podrá informar del paradero de O'Hara? —sugerí—. Quiero proponerle un negocio que también me beneficiará a mí.

—Lo siento, pero le aseguro que no conozco el lugar donde se pueda encontrar, a no ser que...

—Diga —le animé.

—Quizá lo sepa la señorita Sandra Willey. Su apartamento es el 34, justo en la octava planta, encima de la del señor O'Hara.

—¿Quién es ella?

—Una compositora de música moderna. Han dado por la TV algunos de sus números. Algún día llegará a ser famosa.

—¿Qué tiene que ver con O'Hara?

—El señor O'Hara salió algunas semanas con la señorita Willey. Él pareció mostrar mucho interés por ella.

—¿Era correspondido?

—Me temo que no.

Me fui en el ascensor hacia arriba y poco después me hallaba ante la puerta 34 escuchando las notas lejanas de un piano.

La señorita Willey estaba componiendo un «twist» o un «madison», no entiendo mucho de música de cacharrería.

Sumé al piano el zumbido del timbre.

Pero eso no dio resultado porque el piano se siguió oyendo al mismo ritmo.

Entonces punteé con el timbre el típico «Dame caramelitos, papá».

Inmediatamente se produjo una rociada de sonidos discordantes y el «twist» o el «madison» se fue al infierno.

Oí pasos rápidos y la puerta se abrió. En el hueco había una morena que era un cromo. Se cubría con blusa roja, pantalones ceñidos y zapatos de tacones altos. Su pelo era muy corto, las cejas finamente trazadas en arco, la nariz un poco respingona, la boca pequeña, de labios gruesos muy rojos. Poseía un busto un poco

menos desarrollado que el de la Mansfield, una cintura como la de la Lollobrígida y unas caderas como la Loren.

—Buenas tardes, señorita Willey. ¿Podría hablar con usted?

—¿Qué vende?

Estaba haciendo un gasto excesivo de tarjetas y me dije que al día siguiente debería contratar una edición extra.

Leyó la que le alargué, pero no se apartó del hueco.

—¿De qué quiere hablarme?

—De Christopher O'Hara.

—Hace un par de semanas que no lo veo,

—¿Qué le parece si entramos, me ofrece un vaso de whisky con cubitos de hielo y discutimos el asunto sentados en un cómodo diván?

—Un fresco, ¿eh?

—Estoy dispuesto a compensarla invitándola a cenar.

—Lo siento, pero no me interesa su compensación. Se lo daré todo gratis.

—¿Todo?

—No se ilusione demasiado —dijo ella y me franqueó el paso.

Yo no había visto un living como el de ella. Los sillones apenas se elevaban unas pulgadas del suelo y el diván era chato.

—¿Todos sus amigos son enanos, Sandra?

—Es usted muy ocurrente, señor Rider, pero no me interesa conocer su opinión acerca de mi mobiliario. Ah, y de pasada, no bebo whisky. Sólo ginebra con limón.

—Tomaré ese brebaje.

—Imaginé que lo aceptaría. Usted debe ser de los que no se pierden nada.

Se marchó a la cocina, y cuando quedé solo, decidí probar uno de los sillones. Creí que me iba a romper la columna vertebral al dejarme caer, pero una vez sentado, hube de admitir que resultaba cómodo. Lo malo vendría después, cuando tuviera que levantarme. Quizá debería arrojarme al suelo.

Sandra regresó con un vaso en que había algo. Lo tomé y miré su contenido. Sandra sonrió irónicamente.

—Espero que tenga bastante con un par de granos de cianuro.

—No es la dosis que acostumbro a tomar, pero lo haré por usted

—bebí un largo trago.

Ella estaba en pie frente a mí con los brazos cruzados.

—Hábleme de O'Hara mientras llega el primer espasmo —dije.

—Él ocupa el apartamento número 17 y yo el 34. Nos conocimos en el ascensor un lunes y me invitó a cenar un miércoles. Lo rechacé. Me invitó otra vez un martes. Acepté un viernes. Intentó besarme un sábado.

—No me diga que O'Hara logró el premio en domingo.

—No logró el premio ningún día.

—Bravo por la muchacha.

Levanté el vaso y bebí otro trago.

—Hablemos en serio —dijo.

—Hablemos.

—¿Qué quiere saber de O'Hara?

—¿Por qué se largó?

—Justamente llegó aquí antes de emprender el viaje. Me dijo que un hermano suyo se encontraba grave.

—¿Dónde está ese hermano suyo?

—En Las Vegas.

—Hermoso lugar.

—¿No se lo cree?

—¡Oh, claro que sí! En Las Vegas hay miles de hombres que se ganan el sustento diario trabajando en mil profesiones diferentes. ¿Le dijo O'Hara cuándo pensaba regresar?

—No, no me lo dijo.

—¿Qué enfermedad sufría su hermano?

—Padecía frecuentes jaquecas y Chris había llegado a temer que se tratase de un tumor.

—¿Ha vuelto a tener noticias de él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres días... Me hizo una llamada desde Las Vegas.

—¿Para qué le hizo la llamada?

—Quería que fuese a reunirme con él.

—¿Fue usted?

—No. Quería terminar antes un par de piezas en que empecé a

trabajar hace unos días.

—¿Dónde debía reunirse con él?

—No se lo diré.

—¿Por qué no? ¿Qué inconveniente tiene?

—¿Para qué quiere ver a Chris?

—Deseo encargarle unas fotografías para un libro.

—Usted no es un escritor.

—No, soy un detective, pero quiero escribir mis memorias. He intervenido en casos que harán emocionar a todo el país. Necesito un buen fotógrafo para que me acompañe a los lugares donde se desarrollaron los sucesos que quiero relatar. Todos ocurrieron en California.

Me miró con los ojos entornados.

—Es usted un farsante.

—Oiga, Sandra, es importante que vea a Christopher.

—No le diré dónde lo puede encontrar.

—No sea chiquilla; iré a Las Vegas y ya puede estar segura de que con unas cuantas horas daré con el paradero de Chris. ¿Por qué voy a perder el tiempo?

Apretó los labios con firmeza.

—Ya le he dicho que no se lo diré. Sólo tengo una palabra.

Bebí el resto del contenido del vaso y llegó el momento de ponerse en pie.

—Ahí va, nena —dije y le arrojé el vaso.

Anduvo ligera para atraparle y luego di un tirón de mi cuerpo y logré enderezarme con sólo dos crujidos de las rótulas y una incrustación de costilla en el pulmón.

—Sea buena y dígame dónde está O'Hara.

Me dijo que no con la cabeza.

—Siento deseos de echarla sobre mis rodillas y pegarle una azotaina.

Esgrimió la botella por el cuello.

—Inténtelo, polizante.

Me dirigí hacia la puerta y ella no se movió.

—De todas formas, gracias por su ginebra con limón.

—Señor Rider, no vuelva por aquí.

—Eso no va a depender de mí.

—Pero por si alguna vez se le ocurre dejarse caer, una súplica. No haga esa llamadita que utilizó. Me crispa los nervios.

—Siento que le haya echado a perder su inspiración.

Salí de allí y poco después me introducía en el coche.

Eché un vistazo al indicador del combustible. Tenía bastante para hacer hasta treinta millas.

A la salida de la ciudad me detuve en una estación de servicio y llené el tanque.

Pronto empezó a oscurecer.

Tres horas más tarde sentí apetito. Me detuve en un restaurante del camino.

En veinte minutos despaché lo que necesitaba y subí al coche, regresando a la carretera.

Algo se movió por detrás de mí cuando me había alejado un cuarto de milla del restaurante.

Miré por el espejo retrovisor porque supe que no tendría tiempo para sacar la pistola que llevaba bajo la axila.

En el segundo siguiente algo se apoyó en mi nuca.

Era el cañón de un arma. Quien la manejaba era un tipo.

—Cuidado, hermano —dije, aunque no había visto todavía al fulano.

Entonces oí su voz. Seguía apretando el arma contra mi cráneo.

—Saca el coche de la pista, hermano. Aprisa.

No tenía más remedio que obedecer.

Giré bruscamente el volante.

Oí el estampido y la primera impresión fue que aquel hijo de perra me había volado la cabeza.

Pero el coche crujió saliéndose de la carretera y eso me indicó que todavía seguía vivo.

El fulano se puso a escupir maldiciones porque había resbalado golpeando contra la puerta.

No podía darle otra oportunidad. Pisé el pedal del freno, y antes de que el coche se parase, me revolví.

Lo hice muy a tiempo, porque ya el verdugo se estaba incorporando moviendo la pistola hacia mi cuerpo.

Le golpeé con el filo de la mano en la muñeca y el segundo proyectil se enterró en el asiento delantero, en la parte donde yo me encontraba.

Atrapé por el cabello la cabeza de mi enemigo y la atraje contra mí, al tiempo que mi otro puño golpeaba su cara.

Recibió el golpe entre los dos ojos y quedó con la boca abierta, enseñando dos paletas de burro.

CAPÍTULO VII

PERO el tipo poseía una cabeza de hierro. A otros había golpeado con menos fuerza privándoles del conocimiento.

Por el contrario, él soltó un rugido y levantó otra vez la mano armada.

Aferré su muñeca y la doblé hacia él.

Sonó el tercer disparo.

Sentí cómo el cuerpo del asesino se estremecía, pero continué sosteniendo la mano con la que manejaba el arma. En su pecho había aparecido un agujero cuyos bordes se enrojecían con mucha rapidez.

De pronto, el tipo lanzó un suspiro y se desplomó.

Le registré los bolsillos de la chaqueta. En uno de ellos encontré su cartera en donde había trescientos dólares y un carnet del Sindicato Metalúrgico, sección de Omaha.

Aquel tipo habría sido admitido en el Sindicato Metalúrgico por su gasto de plomo.

Su nombre era William Shess, aunque cabía la posibilidad de que ése fuese uno de los cincuenta que debía haber utilizado a lo largo de su carrera delictiva.

Me gustaba aquello. Sí, me gustaba mucho porque la más fácil deducción para un detective privado se produce en el momento en que un matón se interfiere.

Sólo tiene un significado. Que se encuentra en el buen camino.

Limpí las huellas que había dejado en la cartera, abrí la portezuela y descolgué al difunto. Inmediatamente reemprendí el camino.

Estaba amaneciendo cuando llegué a Las Vegas. Vi muchos tipos con «smoking» que iniciaban la retirada hacia sus hoteles. También había mujeres con escotados vestidos de noche.

Me encontraba en la ciudad más alegre y divertida de nuestro país. Yo la había visitado una docena de veces. Unas porque yo también necesitaba pasar el rato, y otras porque me había llevado allí mi trabajo.

Fui donde siempre, al hotel Barras y Estrellas.

Atendía el registro Tony, un muchacho pecoso, más listo que el hambre.

—¡Caramba, jefe! —dijo al verme llegar—. Me pregunté si algún gangster le habría puesto una piedra al cuello y arrojado al mar.

—Siempre con tus buenos deseos, ¿eh, Tony?

—Usted sabe que aquí se le aprecia.

—Creciste un poco.

—Ocho pulgadas, señor Rider.

Tony se había quejado siempre de que era demasiado bajo.

—¿Cómo está Emma? —le pregunté.

—Muy bien, y eso me recuerda que la última vez, hace más de un año, me dijo que si usted volvía por aquí le dijese que el hotel estaba lleno.

—Gracias, Tony. Ocuparé la habitación de siempre, la ocho.

Hizo una mueca.

—Oiga, patrón, ya conoce a Emma. Si se entera de que le he dado una habitación me pondrá de patitas en la calle. Aunque soy su amigo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por usted.

Aquel bastardo de veintidós años sabía ganarse el dinero. Le alargué un billete de cinco dólares y él me dio a cambio la llave de la habitación número ocho.

—Tony, estoy cansado y voy a dormir.

Consulté el reloj. Eran casi las diez del mediodía.

—Es una magnífica idea. ¿Por qué no duerme hasta mediodía en que yo empiezo el turno?

Naturalmente, él quería que no me viese Emma.

—Oye, Tony, vamos a cambiar de tema. Estoy buscando a un tipo cuyo nombre es Christopher O'Hara.

—No, no está alojado aquí.

—Habría sido demasiada casualidad. Estará en cualquier otro hotel o quizá haya alquilado algún apartamento en las afueras. También es posible que utilice un nombre supuesto, pero necesito atraparlo vivo o muerto. Y ha de ser en el más breve plazo —le di la descripción de O'Hara.

—Señor Rider, será un trabajo difícil.

No quería discutir con él porque estaba realmente cansado después de una noche de viaje.

Pelé dos billetes de a cinco del fajo y se los puse en la mano.

—Si lo encuentras, habrá veinticinco extra.

—Demonios, ese tipo debe ser importante para usted.

Le palmeé la mejilla.

—Espero que te ganes la recompensa, Tony.

Poco después me sumergía en un profundo sueño en la habitación número ocho.

Me despertó un chillido. Una ventana se abrió dando paso a un foco de luz que fue a darme en la cara, casi con la misma fuerza que si hubiese sido un puño.

Me froté los ojos hasta enfocar a la mujer que había dado el grito. Era Emma.

Continuaba siendo hermosa, a pesar de sus cuarenta años.

Primero dijo unas cuantas cosas en checo, porque su padre lo había sido antes de adoptar la nacionalidad americana y luego las dijo en húngaro, porque su madre había llegado desde el Danubio. Yo conocía algo de checo y de húngaro, de modo que supe lo que me decía. Cosas feas.

—Nena, un día de estos te voy a comprar una pastilla de jabón para que te laves la lengua.

—¿Acaso has creído que se me olvidó tu última faena?

—No sé a qué te refieres, Emma, y deja ya de gritar. Me estás haciendo polvo los tímpanos.

—La última vez que te marchaste de aquí me dejaste la casa llena de policías, y en esta habitación había dos cadáveres. Tú los habías matado.

—Sí, y eso te valió el salir fotografiada en los periódicos y que el nombre de tu hotel fuese conocido en todo el país. «Dos famosos

gangsters muertos a tiros en una habitación del hotel «Barras y Estrellas», de Las Vegas.

—¿Por qué no te has alojado en otro hotel? —continuó chillando Emma.

—Porque este es el único en donde puedo ocupar habitación sin inscribirme.

—Otra vez estás metido en un lío.

Me fui al cuarto de baño y cerré la puerta, pasando el cerrojo.

Ella se puso a golpear mientras tomaba la ducha, y de nuevo se puso a hablar en checo y en húngaro.

Me envolví en una toalla y salí frotándome.

Emma se había sentado en el borde de la cama y estaba fumando un cigarrillo de mi paquete. Se lo quité de los labios y di una larga chupada.

En eso sonó el teléfono y ella lo alcanzó antes de que yo se lo pudiese impedir.

—¿Sí?... ¿Cómo dice?... Sí, aquí es... ¿Cómo sabe que está aquí?

Vi que su cara se ponía pálida. Tragó saliva. Escuché perfectamente el sonido que se producía a la otra parte cuando colgaron.

Emma dejó el auricular en la horquilla y me miró con ojos espantados.

—Johnny...

—No me digas que al fin murió tu tío Eugene dejándote sus pozos de petróleo.

—No seas estúpido. Tío Eugene murió hace seis meses y dejó sus pozos de petróleo a una rubia que había conocido tres semanas antes en Nueva Orleans.

—Te doy mi más sentido pésame.

—Lo mismo digo. ¿Sabes quién era ése? Un tipo que me ha encargado te repitiera un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Debes montar en tu coche y largarte cuanto antes.

—¿De modo que también en Las Vegas tenéis vuestro consejero sentimental?

—Ese hombre habló en serio. Dijo que si antes de una hora no

has emprendido el viaje de regreso a Los Ángeles, se ocuparán de ti.

—¿Qué más?

—¿Te parece poco? Ya dijo bastante.

Tomé mi ropa y me fui al cuarto de baño, donde me vestí.

Cuando salí de nuevo al dormitorio, Emma paseaba nerviosa de un lado a otro de la habitación.

—¿Por qué me ha de ocurrir a mí esta desgracia? ¿Por qué? He vivido tranquila durante más de un año y de pronto apareces tú y todo se nubla... Oye, Johnny, me casé con un contrabandista y pasé doce años de mi vida saliendo de un peligro para metedme en otro. Ralph murió y yo cobré su póliza. Veinte mil dólares. Vine a Las Vegas y compré este hotel jurando que jamás volvería a meterme en un embrollo. ¿Y qué es lo que ocurre entonces? Te conozco a ti y cada vez que te dejas caer por aquí, ya puedo estar segura de que volveré a oler la pólvora, a ver cadáveres y a jugarme el cuello.

Me acerqué a ella y la besé en la boca.

—Eres maravillosa, Emma. Sería capaz de casarme contigo si rebajasess veinte kilos.

Antes de que pudiese reaccionar, salí de la habitación y bajé rápidamente la escalera.

Tony estaba haciendo un crucigrama y no alzó los ojos cuando me acerqué al mostrador.

—¿Qué hay de O'Hara?

—Fue un negocio ruinoso. De sus quince dólares gasté diez en pagar a mi personal.

—Resultados, Tony, resultados.

—Le juro que es cierto.

Saqué otra vez el fajo y le di treinta dólares en lugar de los veinticinco prometidos.

—Hay un tipo que responde a la descripción de O'Hara en la habitación dieciocho del hotel Martínez, en la calle Miramar, pero el tipo no se ha inscrito con el nombre de Christopher O'Hara, sino con el de James Albert. Tenga cuidado con el tal Martínez. Es un tipo con sangre india, que maneja la navaja como yo el tenedor.

—Gracias, Tony. A propósito, no vuelvas a amenazarme para que salga de la ciudad.

—La patrona me ordenó que llamase —repuso con tristeza.

Emma estaba bajando la escalera mientras hablaba uno de sus idiomas paternos cuando yo salía por la puerta de la calle.

El «Martínez» era un hotelucho de ínfima categoría que se ubicaba en una calle llena de baches, a pesar de su poético nombre. Empujé la puerta y una campanilla anunció mi llegada.

El vestíbulo era pequeño y en el centro del techo giraba un ventilador de largas aspas. Pero con eso sólo se conseguía una cosa. Que las moscas se agolpasen en el registro. Acodado en éste había un tipo en camiseta con un abanico femenino en la mano, que movía rítmicamente.

El fulano era fuerte, grande, de cabeza casi calva, bigote espeso, pero corto.

—¿En qué puedo servirle? —dijo, y sonrió mostrándome unos dientes sucios.

—El señor James Albert me está esperando.

Fui hacia la escalera sin más dilación.

—Lo siento, amigo, pero se equivoca —dijo el tipo—. No hay ningún huésped que se llame Albert.

Lo miré desde el pie de la escalera.

El fulano había salido de su cubículo y me miraba sonriendo sin que hubiese interrumpido los movimientos de la mano con que manejaba el abanico.

—¿Quién le dijo que aquí había un tal Albert?

—El propio Albert.

Me miró a los ojos.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Ya le he dicho que aquí no hay ningún Albert.

—¿Y quién es el huésped de la habitación número dieciocho?

—Mi primo Zacarías. Vino de Nuevo Méjico hace tres días. Es alfarero, ¿sabe? Tiene unas manos primorosas. ¡Lo que yo hubiese dado por tener su arte! Pero no sabe vender. Todo el mundo le engaña... Debería ver las maravillas que hace con la arcilla... Bueno, caballero, siento mucho no poder ayudarle.

—Es mal embustero.

—¿Eh?

—Quédese donde está, y cuando pase por aquí dentro de un rato, se habrá ganado un bonito billete de cinco dólares.

Emprendí la ascensión de la escalera y el bueno de Martínez no dijo nada.

Intenté abrir la puerta 18, pero estaba cerrada con llave por dentro. Golpeé suavemente.

—¿Quién es? —preguntó una voz estrepitosa.

—Un telegrama, señor Albert.

—¿De dónde?

—De Los Ángeles.

Escuché el gemido de un somier y luego unos pasos vacilantes. La llave giró en la cerradura y la puerta se entreabrió unas pulgadas. Cargué con el hombro y entré como un ciclón en la estancia.

Christopher O'Hara estaba en paños menores y al golpearle la puerta, cayó sobre los cuartos traseros en el suelo.

Cerré a mis espaldas. O'Hara se levantó de un salto y corrió hacia el fondo chillando como una rata.

Llegó a introducir la mano bajo la almohada, pero no le dejé sacar la pistola, porque le golpeé con fuerza en el flanco derecho.

Los efectos de ese golpe son parecidos a los que produce una corriente de alto voltaje.

O'Hara se estremeció de la cabeza a los pies. Entonces sólo tuve que tomarlo por el hombro y hacerlo girar bruscamente.

Sacó la mano de la almohada con los dedos agarrotados porque no había podido cerrarlos sobre la culata del arma.

Lo empujé contra la pared, y me apoderé de un revólver «Smith y Wesson», calibre 32, gemelo del que había servido para liquidar a Lawrence Keller.

Me senté en el borde de la cama y eché un vistazo al suelo donde descansaban dos frascos de whisky. Había un tercer frasco en la mesilla de noche, en el que aún quedaban tres o cuatro dedos de alcohol.

O'Hara tenía una crecida barba y su aspecto era sucio. Sus ojos estaban hinchados.

—No podía dormir, ¿verdad, O'Hara?

—¿Quién... quién es usted?

—Creo que está claro, ¿verdad?

—¡No me mate! ¡Por lo que más quiera, no me mate!

—Todos hemos de morir algún día, O'Hara.

—Le daré dinero, mucho dinero.

—¿Para qué sirve la plata en ciertas circunstancias? Cuando uno ha de cumplir una misión, ha de realizarla sin tener en cuenta el dinero. Usted lo comprende, ¿verdad, O'Hara?

—Oiga... Le daré más dinero del que ha recibido por llegarse aquí para matarme... ¿Qué le parecen cinco mil dólares? Es una buena cantidad, ¿verdad?

Dejó correr unos segundos y chasqué la lengua.

—No, O'Hara.

—Puedo darle un poco más —se estremeció como un flan—. ¿Qué le parecen siete mil? Es una pequeña fortuna.

Aquel hombre tenía el miedo metido en el tuétano. Hablaba con voz temblorosa. El sudor le corría ya por las mejillas y el cuello.

—Yo le comprendo a usted —dijo.

—Celebro que me comprenda, O'Hara.

—Usted ha recibido órdenes —sonrió, pero lo hizo forzadamente—. Quedará bien con su patrón. Además de los siete mil dólares usted va a tener la mercancía. Eso está bien, ¿verdad? Usted se la entregará a su patrón. Podrá decirle que cumplió su misión... Que me liquidó, arrojando mi cadáver en cualquier parte... donde no podrá ser encontrado nunca... ¿Se da cuenta? Es un buen trato para usted y para mí. Podrá ganar un buen montón de dinero y también le podrá sacar un buen pellizco a su patrón.

Me miré la punta de los zapatos.

—No sé si me conviene, O'Hara.

—Claro que le conviene, muchacho.

—Usted tendría que desaparecer, como si realmente estuviese muerto. Suponga que alguien lo ve.

—No, amigo, nadie me verá... Me largaré a Europa, donde no haya posibilidad de que nadie me encuentre.

Hubo otro silencio mientras me rascaba una patilla, como si estuviese sopesando su oferta. Al fin dije:

—Está bien, O'Hara, correré el riesgo.

Rio de una forma que me hizo recordar el chirrido de una sierra

cortando un trozo de acero.

—No se arrepentirá nunca, muchacho.

—Deme la mercancía.

—Sí, amigo. Ahora mismo.

Se dirigió hacia un armario, y después de abrirlo extrajo una valija.

—Tenga cuidado, O'Hara —le advertí—. Le estoy apuntando con una pistola.

Volvió la cabeza y se echó a reír.

—No se preocupe, muchacho, estoy jugando limpio.

—Eso es lo que le conviene, O'Hara.

Sacó una cartera negra de las que acostumbran a llevar los hombres de negocios para guardar los documentos.

—Ahí lo tiene, amigo —dijo, acercándose.

—Arrójeme la cartera y vuelva a la pared, O'Hara.

—Desde luego, compañero.

Me arrojó la cartera y retrocedió.

Dejé la pistola a un lado y tomé la cartera. Sentí un hormigueo en el cuerpo. Lo que más deseaba ahora en el mundo era conocer la clase de mercancía que hubiese allí dentro.

En ese momento se abrió la puerta bruscamente.

Alcé los ojos y vi a la linda Sandra Willey con una pistolita en la mano.

—Estese quieto, señor Rider —dijo, y cerró a sus espaldas.

Permanecí quieto, observando que el negro cañón del arma me apuntaba justo a la cabeza.

CAPÍTULO VIII

—BIENVENIDA, cariño —dije.

O'Hara había quedado sin habla.

Un agradable aroma a Chanel número 5 había invadido la estancia.

—Gracias por perfumarte, nena. Siempre resulta agradable.

—No me perfumé yo. Es la pistola. También lo están las balas.

—Eres una chica muy delicada.

Al fin, O'Hara logró soltar una palabra.

—Sandra...

—Chris, ¿cómo te va?

—Este bastardo vino a matarme.

—Sí, ya le he visto.

Sacudí la cabeza.

—Ustedes dos se equivocan. No vine a matar a nadie.

O'Hara apretó los puños, rabioso.

—Usted es un bastardo, un hijo de perra, y yo sé quién lo envía.

—¿Quién?

—¡Como si no lo supiese! Su patrón es un canalla. Un miserable. Él ordenó la muerte de mi amigo Lawrence. Pero a mí no me matará, ¿lo oye? ¡A mí no!

—¿De qué estás hablando, Chris? —dijo Sandra.

La miré a la cara. Su perplejidad era real.

—Oiga, Sandra, le puedo contar mucho acerca del lío —levanté la cartera negra—. Y aquí está el secreto de un asesinato. Déjeme echarle un vistazo.

—¡No! —chilló Chris, abalanzándose sobre mí.

Le golpeé en el mentón, devolviéndole a la pared.

—No le pegue, señor Rider —ordenó Sandra—. Si lo vuelve a golpear, me verá obligada a meterle en el cuerpo una de mis balas perfumadas.

—Oiga, Sandra, estamos perdiendo un tiempo precioso. Este hombre está en peligro de ser asesinado. Llegó aquí huyendo, muerto de miedo, y hasta ahora logró mantener lejos a sus perseguidores. Pero mi aparición en escena habrá servido para que la jauría de perros se ponga en movimiento. Usted, O'Hara y yo hemos de salir de aquí cuanto antes.

—No le haga caso, Sandra —exclamó O'Hara—. Sólo quiere salvar el pellejo ahora que está bajo tu pistola... ¡Maldita sea! Dispara contra él. ¡Si no lo haces tú, lo haré yo!

Se abalanzó sobre el revólver «Smith y Wesson» que había sobre la cama.

Sandra me estaba amenazando con su arma, pero yo no podía permitir que aquel loco atrapase el revólver porque un segundo más tarde vaciaría el cargador sobre mi cuerpo.

Le volví a cazar, ahora en el vientre.

—¡Están los dos chiflados! —gritó Sandra.

Entonces empecé a ocurrir lo que yo temía. La puerta se abrió, una vez más, y Sandra fue golpeada en la espalda y perdió el equilibrio, yéndose contra la cama.

Mi mano izquierda se había apoderado del «Smith y Wesson», pero Chris me había aferrado por la muñeca.

Un hombre apareció en el hueco de la puerta. Era un tipo que portaba sombrero de ala gacha, gafas negras y gabardina. Pero tenía otra cosa en la mano. Una pistola.

De buena gana hubiese soltado una carcajada dedicándosela al fiscal del condado de Los Ángeles y a su ayudante, al teniente Delancey y a todos los demás que no habían creído la historia de Jeanne Clark.

Pero no tenía tiempo de hacer una llamada urgente a Los Ángeles y decirles: «Eh, muchachos, vengan acá y echen un vistazo al tipo que asesinó a Lawrence Keller».

Aquel fulano tenía una especialidad, la de presentarse en una

habitación inopinadamente y liarse a tiros sin decir buenos días. Y fue lo que hizo también ahora.

Su pistola le saltó en la mano escupiendo plomo.

Sandra lanzó un chillido.

Ella había quedado lejos de la puerta, en un lugar desde donde el hombre no la podía ver.

Tiré del revólver «Smith y Wesson» y ahora Chris no opuso ninguna resistencia. Tenía ya mucho plomo en el cuerpo, todo el que había soltado la pistola del asesino.

Me dejé caer en el suelo para eludir la siguiente rociada que iría destinada a mí, pero de pronto el fulano desapareció del hueco tras dirigir una mirada adonde se encontraba Sandra.

Me precipité hacia el hueco, pero Sandra hizo entonces una cosa que me detuvo. Pegó un envión a la puerta, cerrándola de golpe.

Abrí de un tirón y salté al corredor.

Oí pasos lejanos en el último tramo de la escalera y luego esos mismos pasos se perdieron hacia la calle.

Entré de nuevo en la habitación y cerré.

Sandra estaba mirando el cuerpo sin vida de O'Hara, que había quedado boca arriba, los ojos sin vida, fijos en el techo.

Le habían alojado dos balas en el estómago y una muy cerca del corazón.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Tomé la pistola perfumada y la metí en el bolsillo. Luego atrapé la cartera negra.

—Vámonos de aquí cuanto antes.

—Pero, ¿y la policía? He de avisarla.

—No te preocupes. La policía llegará muy pronto y es por lo que necesitamos volar.

No comprendía todavía, pero no había tiempo para darle explicaciones.

La tomé por la muñeca y la saqué de la habitación.

Al fondo del corredor había una puerta. Di con una escalera por la que descendimos, yendo a parar a otra calleja.

Sandra andaba como si estuviese sonámbula.

Salimos a una calle, donde había muchos hoteles y establecimientos por cuyas puertas escapaba el ruido de las

máquinas tragaperras.

De pronto, vi aparecer por una de las esquinas un coche negro. Andaba muy despacio y dentro iban cuatro hombres.

Empujé a Sandra hacia un escaparate.

—Dedícate a mirar los collares y pulseras, muchacha, y no vuelvas la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Los asesinos nos buscan.

Sentí cómo se estremecía.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Alguien está dispuesto a bañarse en sangre con tal de conseguir lo que se propone.

—¿De quién está hablando?

—Todavía no lo sé.

—¿No es detective?

—Sí, nena, pero ando perdido por el bosque.

Yo no apartaba mis ojos de los cristales donde se reflejaba el centro de la calzada.

El coche pasó enfrente.

Entre el bordillo de la acera y nosotros circulaban muchos peatones. Hubiese deseado que fuesen unas cuantas docenas.

Pasé un brazo por los hombros de Sandra y solté una carcajada, besándola luego en la oreja.

—Ríe también, nena.

Rio y me arrepentí de habérselo dicho porque lo hizo como si acabase de ver a Drácula.

El coche negro pasó de largo.

Esperé unos instantes y, por último, tomé a Sandra del brazo y proseguimos nuestro camino.

Había guardado la cartera de O'Hara bajo la chaqueta, apretándola contra mi costado.

Veinte yardas más allá doblé ligeramente la cabeza y vi que el coche se había detenido. Dos hombres estaban junto al estribo y uno de ellos señalaba justamente hacia nosotros.

—Aprieta el paso, nena. Nos han descubierto.

Quería evitar un tiroteo en la calle. Ellos eran más y morirían

personas inocentes. Cuando llegase el momento, yo también tendría que sacar la pistola.

Por una de las bocacalles cercanas apareció una banda de música seguida de un tropel de gente. Los músicos iban galoneados, cubiertas las cabezas con gorras de plato. Formaban una buena charanga. Muchos llevaban pancartas en las que se leía: «Votad a Wallace C. Buch». Otros exhibían la fotografía de aquel tipo llamado C. Buch, un fulano de unos cincuenta años que sonreía cariñosamente.

—Votemos por él —dije a Sandra, y me sumé a la manifestación cívica.

Tuve que pegar unos cuantos empujones porque quería llegar a la mitad de la corriente humana.

Una vez allí, volví la cabeza. Los dos fulanos se habían dado cuenta de nuestra maniobra y también ellos decidieron sumarse a los entusiastas de Wallace C. Buch.

Otra vez emprendimos los codazos avanzando hacia adelante. Pero llegaría un momento en que tendríamos que formar parte de la banda y no llevábamos instrumentos.

El gentío se detenía en las aceras y saludaba con los brazos. La mayoría de aquellos tipos procedían de Estados tan lejanos que no conocían al candidato político, pero lo importante era participar de algún modo en la alegre fiesta.

De pronto, la banda se detuvo y brotó un rugido de la multitud.

Estábamos delante de un hotel y una de las ventanas se abrió, apareciendo un tipo flanqueado por dos hombres que sonreían enseñando todas las piezas dentarias. El fulano del centro agitó la mano haciendo un saludo. Era el mismísimo Wallace C. Buch, a quien iba dirigida la manifestación.

El público se había aglomerado de tal forma que difícilmente podía moverse una pulgada. De momento estábamos a salvo, pero cuando aquel río se pusiese en marcha, otra vez quedaríamos en peligro.

—Nena, este es el momento... —dije al oído de Sandra.

—No podremos salir de aquí.

—Claro que podremos. Desmáya.

Me miró perpleja, pero finalmente cerró los ojos y echó la

cabeza atrás lanzando un gemido.

—¡Mi mujer! —grité—. ¡Cuidado, amigos! ¡Se nos puede estropear el niño!

Los hombres de nuestro alrededor trataron de socorrer a Sandra y abrieron un círculo. Yo había tomado a la muchacha en brazos.

—Paso libre, amigos. He de buscar un médico.

Un tipo fuerte como un roble y tan grande como el Empire State se puso de mi parte y empezó a abrimos camino.

Pudimos llegar a la acera con nuestro ayudante.

—¿Cuántos tiene? —inquirió.

—Tres.

—Suerte para el cuarto.

Le di las gracias y me despedí de él.

—Bueno, nena, acabó la comedia. Ahora a correr.

Esta vez, Sandra colaboró moviendo con ligereza sus preciosos remos.

Veinte minutos más tarde nos introducíamos en el hotel Barras y Estrellas.

Emma y Tony estaban en el registro trabajando en la solución del crucigrama y ambos quedaron perplejos al verme aparecer con la muchacha.

—Siguen los líos —exclamó Emma. Me apuntó con el dedo—. Tú y una muchacha bonita juntos sólo podéis producir una cosa. Una explosión.

—Sandra, te presento a Emma, una buena amiga. El otro es Tony. No te fíes de él. Sólo abre la boca para pedir dinero.

Estábamos subiendo la escalera y Sandra gritó:

—¡Encantada de conocerles!

Cuando llegué arriba, Emma estaba hablando en húngaro.

—Querida —le dije—, no estoy aquí y tampoco has visto entrar a la muchacha.

Penetramos en la habitación y cerré con llave.

Sandra se dejó caer en el borde de la cama.

—Creo que estoy viviendo una pesadilla.

—No, cariño. No es una pesadilla sino una realidad.

—Dijiste que Chris tenía que ver con la muerte de Keller.

—Ya puedes estar segura. Un mismo hombre los llenó a los dos de plomo.

—¿Por qué?

Exhibí la cartera.

—Espero que Christopher no me haya engañado antes de morir. Aquí dentro está el motivo.

—¿Y qué esperar para abrirla?

Quitó las correas e hice correr una cremallera. Metí la mano en el interior y saqué un sobre de papel manila.

No había otra cosa en el interior.

Volqué el contenido del sobre en la cama. Sólo cayó una fotografía y un clisé.

En la foto aparecían una veintena de hombres. Todos vestían trajes que pertenecían a la década del treinta. Un hombre de baja talla estaba estrechando la mano de otro, muy alto. Identifiqué al bajo. Era Goebbels, el ministro de Propaganda del Tercer Reich.

CAPÍTULO IX

SANDRA miraba la fotografía por encima de mi hombro.

—¿Qué es eso?

—Apuesto doble contra sencillo que se trata de una reunión del partido nazi norteamericano celebrada poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y por eso han sido asesinados Keller y O'Hara?

—Sí, esta es la razón. O'Hara, por razones de su profesión, adquiriría archivos fotográficos y en una de sus compras debió encontrar esta antigua fotografía.

—Todavía no lo comprendo.

Observé la cara de todos aquellos hombres. Ninguna me era conocida, excepto la de Goebbels.

Volví a prestar atención al hombre que estrechaba la mano del alemán.

—Ya está —dije oyendo mi propia risa—. Fíjate en este hombre, nena.

—¿Quién es? No lo conozco.

—Claro que lo conoces. El tipo debía tener entonces veintitrés o veinticuatro años y han transcurrido otros veinticinco desde que esta fotografía fue disparada. Ahora tiene cincuenta años... Alguien importante.

—¡Dios mío, es el hombre de la pancarta! ¡El que saludó desde el hotel!

—Sí, nena. Has dado en el clavo. Es nada menos que ese Wallace C. Buch que quiere ocupar un sillón en Washington como

representante del pueblo.

—Entonces, O'Hara y Keller quisieron hacerle chantaje a ese hombre.

—Es lo que pretendieron, y también sé el precio que pidieron.

—¿Cuánto?

—Cien mil dólares.

—¿Los pagó?

—Me temo que no. Tal como han ocurrido las cosas, pienso que Wallace C. Buch dio largas al asunto prometiendo que pagaría, pero lo que hizo fue contratar una buena pandilla para quitarse de en medio a los dos fulanos. Quizá Wallace pensó que los chantajistas le ordenarían los cien mil dólares sin devolverle la fotografía y el clisé, a pesar de sus promesas. No podía correr el riesgo de que le continuasen haciendo objeto de chantaje durante toda su vida. Si salía elegido en las urnas, ¿cómo iba a vivir en el mundo de la política con esa espada de Damocles sobre su cabeza? Sólo había una forma de apartar el peligro. Liquidando a los dos fulanos.

—Cuénteme lo de Keller.

Se lo conté y luego dije:

—Seguro que Keller fue al motel Lemond en Sherwood Lake porque había sido citado allí por Buch, pero a esa reunión no acudió el político, sino el verdugo. Naturalmente, Buch debió citar también a O'Hara, pero tu amigo Christopher no quiso correr el riesgo. El hombre de la gabardina y las gafas oscuras se presentó en el bungalow del motel para acabar con los dos cómplices y arrebatárles el clisé. Eso explica que se llevase el bolso de Jeanne. Pero se encontró con que allí no había dos hombres. Sólo uno y una mujer. El asesino no tuvo tiempo para pensar, porque tiene menos seso que un mosquito. Lo cierto es que se lio a tiros con Keller...

—¿Y O'Hara? ¿Por qué cuando se enteró de la muerte de Keller no acudió a la policía?

—Hay que estar en la piel de uno de esos tipos para comprender sus reacciones. Debió mantener una fuerte lucha consigo mismo. Podía entregar las fotografías a la policía, pero con eso decía adiós a los cien mil dólares. Después de todo, ¿le aseguraba eso contra la muerte? Debió decidir que no. Nadie podría probar que el senador pagó al hombre que mató a Christopher, especialmente cuando la

policía y el fiscal tenían al supuesto asesino, a la esposa de Keller. Lo cierto es que O'Hara se escondió en un hotel de Las Vegas con nombre supuesto porque debía saber que Wallace C. Buch haría parte de su campaña electoral en la ciudad. Mientras esperaba, se daba ánimos despachando un frasco de whisky tras otro.

—¿Por qué me hizo aquella llamada?

—Porque debía encontrarse muy solo y pensó que su compañía le daría más ánimos que el whisky.

—Está bien, llama a la policía.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—El asesino de O'Hara y Keller sigue suelto. Si yo cuento a la policía que Wallace C. Buch es quien pagó al hombre de la gabardina, se reirán en mis propias narices.

—¿Y esa fotografía?

—Sólo serviría para arruinar la carrera política de Buch, pero no podría ponerle en el lugar de Jeanne para que emprendiese el camino de la cámara de gas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Me puse a pasear de un lado a otro de la habitación.

Por fin descolgué el teléfono.

—Emma, quiero que me pongas con el señor Wallace C. Buch, en el hotel «Wingfield».

—No esperes que te preste ninguna ayuda, John Rider.

—Oye, cariño, se trata de algo urgente. ¿Es que no has oído hablar de Wallace?

—Claro que sí. Es el político que llegó ayer a la ciudad para pronunciar una serie de discursos.

—Él y yo somos carne y uña. Me servirá de ayuda en el caso que estoy investigando.

Sentí cómo Emma titubeaba.

—Está bien, Johnny. Te has vuelto sensato si buscas amistades como la de Wallace C. Buch.

Al cabo de un rato oí el zumbido del teléfono en las habitaciones de Buch. Tomaron el micro y una voz fuerte anunció:

—Suite del señor Buch. ¿Quién habla?

—Un amigo del señor Buch que quiere hablar con el señor

Buch.

—Lo siento, pero mi jefe no puede atenderle ahora.

—Claro que me atenderá, muñeco. Dígale que soy John Rider.

—¿John Rider? ¿Qué John Rider?

—Un compañero de Goebbels. Dígaselo usted así. Vamos, póngase en marcha o le cuelgo de las narices y entonces tendrá que dedicarse a barrer para ganarse el sustento.

—Un momento —tartamudeó.

Transcurrió un minuto y luego otro.

—¿Señor Rider? —dijo una voz imperativa.

—El mismo.

—Perdone, pero no tengo el gusto de conocerle.

—Yo tuve el disgusto de conocerle a usted esta mañana, señor Buch. Primero lo vi fotografiado en una pancarta, luego en el balcón de su hotel. Pero la mejor vista de su cara fue la que vi hace unos instantes.

—Ya comprendo, me ha visto en la película de televisión que filmaron de mi recibimiento apoteósico en Reno.

—No, señor Buch. Se trata de una fotografía un poco antigua.

—¿Qué?

—Usted podrá engañar a sus electores, pero no a mí. En primer lugar, no tiene ninguna duda acerca de la fotografía de la que le estoy hablando. Es justo la que le querían endosar Lawrence Keller y Christopher O'Hara a cambio de un buen montón de dinero.

Buch dejó escapar el aire que retenía en sus pulmones y fue como si un huracán se hubiese desencadenado en aquella habitación del hotel «Wingfield».

—Señor Rider, ¿dónde está?

—No hace falta que lo sepa.

—Iré a visitarle.

—Es lo que le dijo a ellos, que iría a visitarlos, pero en su lugar les envié a un representante.

—Mi secretario.

—¡Vaya! Su secretario maneja una pluma especial.

—No sé de qué me habla, Rider.

—Claro que lo sabe, pero no importa, Buch. No soy Keller ni

tampoco O'Hara, de modo que baje de la nube y sea un poco realista.

—¿Qué quiere?

—Dinero, naturalmente.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil machacantes.

—Está loco. No puedo darle ese dinero. Es demasiado.

—Claro que puede. Usted va a ganar mucho en su nuevo cargo.

—Sólo soy un hombre que se interesa por los ciudadanos. Ellos me han pedido que presente mi candidatura.

—¡Oh, sí, claro, eso le supone un gran sacrificio! Le dije antes que no era uno de sus electores, señor Buch. Reserve su palabrería para ellos. Ciento cincuenta mil dólares o nada.

—Dígame el lugar donde se encuentra y se los enviaré.

—¿Otra vez? Me está usted decepcionando como hombre inteligente.

—Corriente, señor Rider. Establezca usted el lugar y la hora.

—El vestíbulo de su hotel.

—¿Qué?

—Ha oído bien. El vestíbulo del hotel «Wingfield» dentro de una hora.

—Creo que no tengo más remedio que darle una respuesta afirmativa.

—Sí, señor Buch, pero todavía no he terminado. Usted acudirá, bajará con la cartera que contendrá los ciento cincuenta mil dólares. Saldré a su encuentro cuando lo vea en la escalera.

—Acostumbro a bajar en el ascensor.

—Esta vez lo hará por la escalera.

—Sí, señor Rider.

—No hay más que hablar. Hasta luego, señor Buch.

—Oiga, usted llevará lo otro.

—No se preocupe, señor Buch. Quiero acabar de una vez con este negocio, de modo que lamento mucho no quedarme para oírle uno de esos brillantes discursos.

Dejó el auricular en la horquilla.

Los ojos de Sandra me estaban mirando mientras despedían

chispas de furia.

—Conque ese es tu plan. Por eso no querías llamar a la policía...

—¿Crees eso de mí?

Se arrojó sobre mí, demostrando que lo creía.

Sus uñas buscaron mi cara y eran unas uñas muy largas.

La aferré por las muñecas y di un tirón de ellas. Los dos perdimos el equilibrio y caímos al suelo.

Sandra me golpeó con la rodilla en el bajo vientre.

Logré reducirla manteniéndola pegada a la raída alfombra.

—¿Quieres no ser estúpida?

—¡Eres un bastardo!

—Oye, nena, ¿es que no te das cuenta de que todo fue una trampa?

Sus ojos parpadearon.

—Mientes.

—¿Crees tan estúpido a ese hombre como para entregarme los ciento cincuenta mil dólares?

—¿Qué es lo que esperas que ocurra?

—Me estarán esperando en el vestíbulo del hotel dentro de una hora para pegarme una rociada de plomo. Es eso lo que pretenderá darme, y no dinero.

Relajó el cuerpo, pero yo seguí, junto a ella porque su proximidad era algo fascinante.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió.

—Ir.

—Pero, ¿qué trampa es esa? Tú mismo dices que te estarán esperando con las pistolas preparadas.

—También estaré preparado. Espero encontrar allí al tipo de las gafas oscuras. Si lo cazo vivo, habré resuelto el asunto porque me encargará de que cante.

—Pero eso es un absurdo. Supón que ellos logran eliminarte.

—En mi profesión, uno está acostumbrado a correr toda clase de riesgos... Anda, hemos de marcharnos de aquí.

Guardé la fotografía y el clisé en el sobre de papel manila y volví éste a su cartera.

Cuando bajamos por la escalera, Emma me dirigió una

furibunda mirada.

—Johnny, hazme un favor. Vete al infierno...

—Quizá no pase mucho rato sin que eso ocurra —le hice un saludo con la mano, que amplíe a Tony, el cual chupaba un lápiz.

Fuimos adonde estaba estacionado mi coche y ocupamos el asiento delantero. Lo puse en marcha evitando las calles céntricas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sandra.

—Ya lo sabrás.

Al cabo de unos quince minutos llegamos a la pista que conducía a Los Ángeles.

Aparté el auto a un lado y me volví hacia la joven.

—Bueno, muchacha, esta es la despedida.

—¿Qué dices?

—Te vas a poner ante este volante y regresarás en este coche a tu casa.

—No pienso hacer tal cosa.

—Claro que lo harás.

—Muy bien. Ya tengo mi plan.

—¿Cuál es?

—Llamar a la policía.

—Si hicieses tal cosa, darías lugar a que una mujer inocente, Jeanne Clark, pagase en la cámara de gas un crimen que no ha cometido. Tú no querrás eso, ¿verdad, nena?

Se mordió el labio inferior con fuerza.

—De acuerdo, Johnny.

Me incliné sobre ella y la besé en la boca.

Ella se quedó sorprendida, y antes de que pudiese reaccionar, salté con la cartera en la mano.

—Vamos, ¿qué estás esperando? Ponte en camino.

Hizo un gesto afirmativo y se deslizó colocándose ante el volante. Puso en marcha mi «Buick» y éste volvió a la pista, alejándose cada vez a mayor velocidad.

Esperé allí mirando el automóvil hasta que se perdió a lo lejos en una curva. Entonces di media vuelta y eché a andar otra vez hacia Las Vegas para acudir a la gran cita.

CAPÍTULO X

FALTABAN sólo dos minutos para la hora acordada.

Empujé la puerta giratoria del hotel «Wingfield» y entré en el vestíbulo. En una mano llevaba la cartera y la otra la tenía en el bolsillo, manejando la pistola.

Esperé que empezasen a sonar los estampidos, pero no ocurrió nada.

En el vestíbulo, tal como esperaba, había mucha gente.

Todos los sillones estaban ocupados. Había viejos que leían y hombres que charlaban con mujeres.

Tres ascensores estaban en marcha y una de las jaulas se estaba llenando de gente para iniciar la ascensión.

La escalera estaba al fondo, cubierta por una gruesa alfombra. No había nadie en el tramo que estaba a la vista.

En un lugar como aquél me importaban mucho las columnas. Había cuatro. Dos de ellas estaban libres, pero en cada una de las otras había un tipo apoyado. Ninguno de los dos era «Gafas Oscuras».

Un tipo rubio, alto, leía un diario indolentemente.

Di un respiro al ver que manejaba las hojas con las dos manos.

El otro estaba leyendo una revista con páginas de muchos colores. Sólo utilizaba la diestra. La zurda la tenía metida en el bolsillo del pantalón. Ese no es un buen lugar para guardar una pistola. Abulta mucho.

En el gran reloj que había en la pared, las saetas se juntaron marcando las cinco de la tarde.

Esa era la hora.

Yo había seguido andando hacia el registro en donde deduje quedaría mejor cubierto.

Una joven de cabello rojizo estaba de espaldas a mí, sobre el tablero, y sonreía a un empleado, con el que estaba hablando.

—Muchas gracias —decía la joven—. Buscaré al señor Szales en otro hotel.

Se volvió.

Si un detective privado quiere conservar la vida debe estar atento a muchas cosas y esta vez yo estuve atento a la mano de la pelirroja que estaba metida en un bolso.

Quedamos muy juntos y nuestros ojos se miraron. Los de ella eran verdosos.

Un sexto sentido me advirtió lo que iba a ocurrir. Iba a disparar a quemarropa la pistola que tenía en el bolso, sin sacarla.

Rápidamente la tomé por el brazo y di un tirón hacia abajo.

—¿Qué hace, caballero? —dijo con aire muy ofendido.

—Cuando me duele el estómago, sólo quiero bicarbonato.

—No le comprendo.

Le apreté la muñeca. El bolso cayó en el suelo y entonces lo golpeé con la puntera del pie. Una culata con cachas de nácar asomó por el borde.

Solté un empuellón a la joven contra el mostrador y tomé el bolso, haciendo resbalar la culata en el interior.

—Esto es intolerable —exclamó la pelirroja.

Guardé el bolso y volví a atrapar mi arma.

—Venga, quiero hablar con usted.

Había quedado un poco desconcertada ante mi serenidad. El empleado que había atendido a la pelirroja se estaba ocupando de otros huéspedes. Todo había sucedido muy aprisa. Nadie se dio cuenta porque el golpe se lo había dado a la joven sin querer y yo, como un hombre exquisitamente educado, había recogido el bolso del suelo.

La empujé hacia uno de los ascensores cuyas puertas estaban abiertas.

La chica obedeció sumisa.

Miré por la escalera, pero Buch seguía sin bajar. ¿Por qué tenía

que hacerlo si según él a estas horas yo debía estar muerto?

Le dije al encargado del ascensor que bajaría en la suite del señor Buch.

La jaula se detuvo en tres plantas y por fin llegamos a la cuarta.

—Es el 32 —dijo el empleado.

Le di las gracias.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de nosotros y la pelirroja y yo quedamos solos en el pasillo, saqué la pistola.

—¿Cuál es tu nombre, nena?

—Stella.

—Muy bonito. Anda, vamos a ver a tu patrón.

La joven se encogió de hombros y caminó delante de mí.

Fue ella misma quien pulsó el botón del 32.

Nos abrió la puerta un tipo de mediana estatura, cabeza pequeña, que se quedó muy sorprendido al vernos.

—¿A quién quieren ver?

—Al señor Buch —dije.

—Lo siento, pero no recibe visitas.

El muy estúpido me estaba viendo la pistola y no quería franquearme el paso. Los hay tozudos.

Puse el dedo en el disparador y le apunté al pecho.

Entonces retrocedió poniéndose las manos por delante, como si pretendiese parar la bala que le fuese a dirigir.

Le hice una señal con la cabeza a la muchacha.

En el gran salón había hermosos sillones y un diván en el que podría haber dormido una familia de cuatro miembros.

Se abrió una puerta y apareció Wallace C. Buch. Él también mostró sorpresa. Era casi tan alto como yo, pero su abdomen se había agrandado mucho desde que se fotografió con el señor Goebbels.

—¿Rider?

—Magnífico, señor Buch. Lo acertó a la primera.

—Me disponía a bajar. Perdone que me haya demorado un poco.

—Me gustaría saber una cosa, Buch. ¿Cree que todo el mundo es imbécil, aparte de usted, o considera también lista a su abuela?

Wallace C. Buch carraspeó.

—No le comprendo.

Abrió el bolso y lo tomó por el extremo opuesto. Todo su contenido cayó al suelo, unas monedas, un lápiz labial, una polvera, un dije y la pistola con cachas de nácar.

—Su amiga Stella intentó hacerme la apendicitis en el vestíbulo. Naturalmente, la envió usted. Al parecer, no conoce otra clase de juego, ¿eh, Buch? Todo a base de balas. ¿Quizá es poseedor del principal lote de acciones de alguna mina de plomo y no puede colocar su mercancía?

—Es usted muy chistoso, señor Rider.

—No sabe usted cuánto.

—Creo recordar que vino aquí por ciento cincuenta mil dólares.

—Suponga que respondo afirmativamente.

—Tengo el dinero.

—No le creo.

—Señor McGerr.

El señor McGerr era el tipo que me había abierto la puerta.

—Diga, señor Buch.

—Entre en mi dormitorio y abra la caja fuerte. Allí encontrará dinero. Tráigalo aquí. Quizá sea mejor que lo acompañe.

—No, Buch —opuse—. Usted no se mueve de aquí.

Lo estaba apuntando a la barriga. En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Muy bien, me quedaré. Vaya usted solo, McGerr.

McGerr se movió muy aprisa desapareciendo en la habitación de la que Buch había salido.

Buch fue a mover la mano hacia el bolsillo.

—¡Quieto!

—Sólo iba a sacar el pañuelo.

—Está bien, pero no saque más, si no quiere terminar demasiado pronto.

—¿Terminar, señor Rider? Es una palabra muy fea.

—Es usted culpable de la muerte de dos hombres.

—¡Oh, no, señor Rider! Yo no he matado punca a nadie. Soy un hombre inofensivo. De pequeño lloraba en mi casa cada vez que

mataban un pollo.

—Pero se los comía. Y apuesto a que se los ha seguido comiendo, dejando a los demás que los maten.

—¿No es lo que hace todo el mundo?

—Sí, pero usted ha seguido idéntica actitud con los pollos que con las personas. Otros se ocupan de matarlas.

—¿Cree que soy el jefe de un «gang»? ¿Pretende compararme con un Luciano o un Costello?

—No, todavía no tiene tanta categoría, pero si lograra sentarse en Washington, es posible que se tornase más peligroso que cualquiera de los hombres citados.

—Señor Rider, le gusta el melodrama —sonrió.

—Ya ha empezado por servirse de «gangsters». Y eso me recuerda que debo preguntarle por cierto individuo.

—¿A quién se refiere?

—A un tipo que cubre los ojos con gafas oscuras y que maneja la pistola con mucha rapidez.

—No lo conozco.

—Claro que lo conoce.

McGerr apareció con una cartera marrón.

—Aquí tiene el dinero, señor Buch.

—Entrégueselo al señor Rider. Él le dará su cartera a cambio.

Por momentos, el mando de la situación se escapaba de mis manos. Buch era un político y yo un sabueso, duro como el pedernal, pero no me gustaban las sutilezas.

Tal como estaban las cosas, podía abalanzarme sobre Buch y arrancarle la confesión a culatazos, pero aquel tipo debía conocer sus derechos mejor que yo los míos. Una declaración de esa índole no serviría para nada, a no ser para hundirme en un pantano del que no me sacaría nadie, porque serían más los que me pondrían el pie en la cabeza para que desapareciese pronto.

—Quiero ver el dinero —dije.

Era una tontería como otra cualquiera, puesto que yo no pensaba darle el clisé a cambio de la plata, pero con eso ganaba tiempo.

Buch soltó una risita, cada vez más seguro de sí mismo.

—Es usted un incrédulo, señor Rider.

—Lo soy.

—Para mí, esos ciento cincuenta mil dólares significan muy poca cosa si tengo en cuenta lo que voy a ganar.

Se permitía exhibirse como un cínico.

Tuve que contenerme para no saltar sobre él y pegarle un culatazo en la boca.

—Está bien. McGerr —dijo—. Enséñele el dinero.

McGerr puso la cartera sobre una mesita redonda. Quitó las correas y empezó a sacar fajos de billetes que colocó sobre la mesa. Se interrumpió.

—¿Tiene bastante?

—¿Cuánto hay en cada fajo?

—Diez mil.

—Quiero ver los quince fajos.

McGerr miró a su jefe y éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Continuó sacando fajos. Al fin quedaron los quince fajos sobre la mesa.

—¿Está satisfecho ahora? —inquirió Buch.

—No, Buch. No estoy satisfecho.

—No diga que ahora quiere más dinero.

Di un paso hacia la mesa y le pegué un patadón. Los fajos de billetes cayeron en el suelo y McGerr dio un grito, retrocediendo.

La cara de Buch se empezó a poner roja.

Stella se echó a reír.

—¿Qué te parece, Wallace? Es el primer hombre al que veo despreciar ciento cincuenta mil dólares.

—¿Es eso, Rider? ¿Los desprecia?

—Su chica ha dado en la diana, Buch. No quiero su cochino dinero.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Su pellejo.

—¿Qué se le ha metido entre ceja y ceja?

—Llevarlo a la cámara de gas, destruirlo, convertirlo en cenizas.

¿Continúo o lo ha comprendido bien?

—Lo entiendo perfectamente. Usted está loco.

Me llegó el turno de reír.

—Es lo que dicen todos ustedes, los que sólo piensan en eso — señalé con la pistola los fajos de billetes del suelo y que McGerr estaba recogiendo a gatas.

—Oiga, Rider; admito que pertenece a una clase de hombre especial. Estoy dotado de una gran visión para conocer a las personas, y necesito de gente como usted.

—Termine de una vez el discurso.

—Únase a mí y tendrá ante sí el más brillante porvenir que haya podido imaginar.

—No, Buch. Yo le indicaré el único porvenir que veo ante mí. Estoy fumando un cigarrillo en un bar, bebiendo un vaso de whisky en el mismo momento en que usted se encuentra atado a la silla, dentro de una hermosa cúpula. Sí, Buch; usted está allí sudando; los ojos desorbitados, viendo a través de los cristales a unas cuantas personas. El alguacil de la prisión, a unos cuantos policías y a un padre de cuello almidonado. De pronto, ese alguacil hace una señal y usted oye el tintineo de unas bolas. Son pequeñas, muy pequeñas. Esa cámara hermética donde usted está encerrado, esa cúpula, se llena de gas. Usted trata de no respirarlo. Ha inspirado antes profundamente llenando sus pulmones de oxígeno, pero llega un momento en que su instinto puede más, a pesar de que su cerebro le ha advertido de que en cuanto llegue a su pecho una ráfaga de ese aire será el principio del fin.

—¡Cállese, maldita sea! ¡Cállese!

—Eso es lo que ocurrirá, Buch.

—¡Usted no tiene ninguna prueba contra mí!

Sacudí la cabeza, mostrando la cartera negra.

—No le voy a dar su clisé.

—¿Qué va a hacer?

—Volveré a Los Ángeles con la fotografía en que usted, sonriente, estrecha la mano de uno de los gerifaltes del Tercer Reich.

—¡No!

—Tenga la completa seguridad de que está listo.

Empecé a retroceder hacia la puerta.

Buch echó a andar.

—¡Quédese, Rider! ¡Quédese!

—Ya no tiene remedio, Buch.

—Sería el final de mi carrera política.

—Sólo le preocupa eso, ¿verdad, señor Buch? Sólo su carrera política. Mató a dos hombres, a Lawrence Keller y a O'Hara, y hay una mujer que está acusada del primer crimen.

—No sea estúpido, Rider. Esos hombres se buscaron su ruina. Eran unos vulgares chantajistas, unos canallas miserables que pretendían sacarme el dinero. No habría vacilado en pagarles los cien mil dólares si a cambio de ello hubiese conseguido la fotografía y el clisé, pero yo supe que no se contentarían con eso. Atraparían el dinero y me habrían seguido extorsionando.

—Le voy a dar una noticia, señor Buch. Esos dos hombres se habrían conformado con los cien mil dólares. Ninguno de ellos tenía madera de chantajista.

—Es sólo su opinión.

—Dice que conoce bien a los hombres. Si se hubiese informado acerca de ellos, habría llegado a la misma conclusión. Por fortuna, erró en sus cálculos. Por los cien mil dólares usted habría continuado su ascendente carrera política y quién sabe adónde podría haber llegado. Es posible que hasta el sillón presidencial.

—Sí, Rider. Algún día estaré allí.

—No, señor Buch. Se sentará en otro sitio y ya sabe cuál.

Sentí un ruido en el corredor y salté hacia la pared. La puerta se abrió dando paso a un tipo que ya conocía. Lo habría reconocido entre un millón. El asesino de las gafas oscuras.

Por primera vez no llevaba un arma en la mano.

Se detuvo observando la escena.

Yo le dirigí una sonrisa.

—Hola, verdugo.

Permaneció inmóvil. No podía ver sus ojos, pero sí el resto de su cara, que no se alteró en lo más mínimo.

—Guarde esa pistola, Rider —dijo, y por primera vez oí su voz ronca.

—No, verdugo. Esta vez no te toca dar órdenes. Eres tú el que las va a obedecer. Pon las manos en la cabeza.

Me obedeció por si se escapaba una bala de mi pistola.

Buch aulló como un perro rabioso:

—Leo, ¿por qué has venido aquí?

Leo, el asesino de Keller y O'Hara, repuso:

—Sólo venía a darle una noticia a Rider, señor Buch. Tenemos ahí fuera a su chica.

—No tengo ninguna chica, Leo —le corregí.

—Claro que la tiene. Me refiero a la muchacha que estaba con usted cuando me dejé caer por la habitación de O'Hara.

Me negué a creerlo. Sandra no podía haber caído en sus manos.

Leo leyó la duda en mis ojos y dobló la cabeza hacia el hueco de la puerta.

—Anda, Fedor, haz que se lo crea.

Oí el restallido de una bofetada.

—¡Bastardo! —dijo la voz de Sandra.

CAPÍTULO XI

LEO, «Gafas Oscuras», soltó una risita.

—¿Está convencido, Rider?

Buch se echó a reír.

—Bravo, Leo. Has hecho un buen trabajo.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No, Buch. No se va a salir con la suya —le apunté con la pistola al corpachón.

Buch dejó de reír instantáneamente.

—¡Eh, cuidado! ¿Es que va a permitir que esa mujer muera? Es su amiga.

—Sentiría que le ocurriese algo, pero no voy a aceptar las condiciones que me imponga, Buch. Conozco a los de su calaña. Yo arrojo la pistola al suelo, usted se hace dueño del clisé y me elimina a mí.

—No sea tonto, Rider. ¿Por qué voy a eliminarlo a usted una vez que tenga en mi poder el clisé? No puede hacerme nada. Naturalmente, usted irá diciendo por ahí lo que quiera, pero sabe que nadie lo creerá. En cuanto a la chica, se la podrá llevar consigo.

Aquel tipejo sabía cómo vender un coche viejo sin motor haciéndolo pasar por un «Cadillac» último modelo. Sí, había hecho bien en elegir la política... Llegaría lejos... si yo le dejaba.

—Ordene que hagan entrar la chica —dije.

Se produjo un silencio en la estancia... Leo y Buch se miraron. Finalmente, el hombre que pensaba sentarse algún día en el sillón presidencial hizo un gesto afirmativo.

Leo volvió la cabeza como antes.

—Fedor, trae la chica acá.

Sandra entró cuando alguien la empujó desde el corredor. No llegó a caer al suelo, pero Fedor se quedó a la otra parte.

—Cuidado, John —dijo Sandra—. Hay otro hombre con Fedor. Los dos tienen la pistola en la mano.

—Ya lo imagino.

—Siento haberte estropeado el plan, Johnny.

—¿Cómo te cazaron?

—Decidí volver.

—¿Para qué?

—No podía dejarte solo. Comprendo que me he comportado como una estúpida, pero ya está hecho.

—Bueno, por si te sirve de consuelo, mi plan tampoco salió bien.

—¿Por qué no?

—Necesitaba al tipo de las gafas oscuras y él no habría venido aquí si no te hubiese atrapado.

Leo rio entre dientes.

—Rider, el señor Buch te ha hecho una buena oferta. Acéptala. Es la que te conviene.

Estuve un rato pensativo y, por último, accedí.

—De acuerdo, chicos. Pero se harán las cosas a mi manera.

—¿Cómo? —preguntó Buch.

—Esos dos hombres del corredor han de entrar con las pistolas en los bolsillos. Quiero vía libre.

—De acuerdo, Rider. Ya lo has oído, Leo.

—Fedor, Luke, guardar las pistolas y pasad al interior.

Oí pasos fuera y los dos tipos entraron en la estancia. Sus brazos colgaban a lo largo de los costados. Habían guardado las pistolas.

—¿Está bien así, Rider? —dijo Buch.

—Correcto.

—Arroje la cartera hacia acá.

Estábamos jugando a un bonito juego. «¿Quién engañaba a quién?». Naturalmente, Buch no consentiría que saliese con vida de Las Vegas. Sabía demasiado acerca de él, y tampoco Leo permitiría

que llegase muy lejos, puesto que yo estaba al corriente de sus dos asesinatos.

Por lo que a mí respecta, tampoco iba a consentir que aquella pandilla de canallas engañase a todo un electorado. No, para que Wallace C. Buch lograra la elección tendría que matarme primero.

Guardé la pistola en el bolsillo y arrojé la cartera al suelo hacia Buch.

—¡Ahora, chicos! —gritó Leo.

Eran pistoleros profesionales y tenían rapidez porque habían pasado años de su vida ejercitándose en sacar.

Pero quizá ellos no sabían que yo también había invertido mucho tiempo en aquel número.

Una fracción de segundo antes de que ellos me apuntasen con la pistola, yo la tenía en la mano y fui el primero en soltar balas.

Stella se puso a soltar chillidos.

Sandra se había lanzado sobre uno de los gangsters, pero éste le pegó un manotazo derribándola en un sillón.

Leo, «Gafas Oscuras», fue el que recibió mi primera bala. Se la destiné al pecho.

La fuerza del proyectil lo arrojó violentamente hacia atrás y quizá eso me salvó la vida, porque golpeó contra uno de sus compañeros haciéndole perder puntería. Luego me di mucha prisa en volarle al tipo la cabeza.

El tercer fulano se entretuvo un par de segundos, los suficientes para que le ensartase con un proyectil por el estómago.

El muy bastardo se puso a disparar a tontas y a locas, pero una de sus balas pasó por entre mis dedos, golpeando en la pistola. La tuve que dejar caer porque ya no servía.

—Magnífico, señor Rider —dijo Wallace.

Lo miré. Estaba con una rodilla en el suelo sosteniendo con la zurda la cartera en la que estaba el sobre papel manila. Su otra mano manejaba un revólver que indudablemente había sacado del bolsillo de la chaqueta.

—Se quedó sin armas, Rider. Despídase de este mundo, pero le daré una compañera de viaje. Su amiga. Habrá una explicación para tanto muerto. Todos ustedes son gentuza.

Me dejé caer en el momento en que una bala se disparaba.

Antes de caer en el suelo ya había introducido mi mano en el bolsillo.

Saqué la pistola de Sandra e hice fuego sin pestañear.

Vi cómo las narices de Buch estallaban en sangre y luego se derrumbó hacia atrás soltando un extraño gruñido como un cerdo al que estuviesen degollando.

McGerr estaba contra la pared, asustado, y Stella se había acostado en el diván y sollozaba histéricamente, cubriéndose las orejas con las manos.

Fui al lado de Buch. Todavía no estaba muerto y conservaba la pistola en la mano. Lo desembaracé de ella pegándole un puntapié en el cañón.

—Por si le sirve, Buch —dije—. La bala está perfumada.

Oí ruido de carreras en el pasillo.

Dos policías irrumpieron en la estancia y se detuvieron perplejos al ver el cuadro.

—Soy John Rider, detective privado... Acuso al señor Buch de dos asesinatos.

Leo, «Gafas Oscuras», se movió. Vivió cuatro horas e hizo una hermosa confesión.

* * *

Eché una ojeada al cheque. Valía cinco mil dólares, pero no estaba firmado por Jeanne Clark, sino por su productor Ward Cross. Él obtendría un beneficio de un millón de dólares, o quizá más, teniendo en cuenta el desenlace de aquel caso y las circunstancias que habían concurrido en su resolución.

Sonó la campanilla del teléfono.

—Señor Rider... Soy Jeanne Clark.

—¿Cómo está, Jeanne?

—La mar de bien gracias a usted. ¿Por qué no viene a verme?

—No acostumbro a ver a un cliente después que el asunto ha terminado, especialmente cuando no me debe nada.

—Yo le debo mucho.

—No, Jeanne.

—Si alguna vez me necesita...

—Buena suerte, Jeanne —dije, y colgué,

Me encontraba en mi despacho. Saqué el frasco de whisky y me

aticé un buen trago. Otra vez sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Johnny, ¿tienes algo que hacer esta noche? —era Sandra.

—Una amiga me pidió que fuese a contarle la historia.

—¿Quién?

—Una actriz de cabello rojizo y que se llama Verónica.

—Anda, ve a contarle la historia y antes de una hora me presentaré en su apartamento para sacarlos a los dos los ojos. Ven a contármela a mí.

—Pero si tú ya la conoces...

—Me cuentas cualquier cosa... Tú debes saber muchas.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—No me hables de matrimonio.

—Claro que no, Johnny. Prometido.

Sandra y yo nos casamos al día siguiente.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España